

¿Por qué nacemos? ¿Por qué morimos? ¿Por qué después de una vida de lucha y esfuerzo, parece que desapareciéramos en el olvido? ¿Tiene la vida algún significado? ¿Cómo se relaciona el hombre con Dios y con el universo? El autor de este libro cree que el hombre puede conocer las respuestas a estas preguntas y, en este libro, brinda los resultados de años de búsqueda. Toma la sabiduría del oriente y la ciencia y la lógica de occidente, presentando en un lenguaje simple los antiguos conceptos metafísicos en su relación con el conocimiento moderno. El libro está ilustrado con más de noventa diagramas e ilustraciones realizadas por el autor.

E. Norman Pearson, nacido en Inglaterra, se estableció en su juventud en los Estados Unidos. Ingeniero por profesión, ha estudiado por muchos años misticismo, religión y sabiduría antigua. Pasó dos años en la India estudiando y enseñando y dedicó todo un año a escribir este libro. Junto a su esposa ha dado dos veces la vuelta al mundo dando conferencias sobre lo)s temas que trata tan claramente en este fascinante volumen.

Sección Uno

INTRODUCCIÓN

**Sé humilde, si quieres lograr la Sabiduría. Serás mas humilde aún, cuando la hayas alcanzado. Sé como el océano, que recibe todo río, toda corriente de agua, y cuya poderosa calma permanece inalterable; no los siente (si los “siente” pero los incluye en su propio ritmo por eso no se altera)
El camino hacia la liberación final está dentro del Yo.**

(La voz del Silencio H.P. Blavatsky)

CAPITULO 1

INTRODUCCIÓN

Se ha dicho con frecuencia que la verdad es más extraña que la ficción, y pocos son los que habrían de negar la veracidad de tal aserto. Pero en ningún caso ha quedado demostrada más clara y dramáticamente que en la historia de esta Tierra que habitamos, tal como puede reconstruirse de acuerdo con la multitud de datos de que hoy disponemos.

Si, con ayuda de la imaginación, volvemos la vista atrás para recorrer el caleidoscopio de los acontecimientos de la historia del mundo, tal y como surgen de la misteriosa tiniebla de los tiempos prehistóricos, bien podríamos sentirnos casi abrumados por la imagen que aparece ante nuestros ojos. ¡Cambios tremendos, a lo largo de un tiempo interminable! Mientras a una edad sucede otra edad, a extraños hechos siguen otros hechos extraños y, así, un mundo desnudo y sin vida conviértese gradualmente en un mundo en el que pululan innumerables criaturas vivientes. Salen del mar, en sucesión aparentemente interminable, cubren la tierra y vuelan por los aires.

Aparece en la escena el hombre primitivo: pero no permanece por mucho tiempo en ese estado. Pronto comienza a conquistar el medio ambiente que lo rodea. Fabrica herramientas, mejorando gradualmente la utilidad que le prestan, de modo que amplíen el poder y el alcance de sus capacidades; teje telas, produce fuego, construye albergues y cultiva la tierra para que le produzca alimentos, con todo lo cual se libra gradualmente de muchas de las limitaciones que la Naturaleza le había impuesto. Pasa el tiempo, y las conquistas del hombre marchan a la par de aquél, sin detenerse; porque la mente humana no puede jamás descansar contenta con las cosas tales como son, sino que siempre ha de querer sondear lo desconocido. Con energía incansable, y perseguido siempre por los sueños casi fantásticos, el hombre concibe, una tras otra, visiones del futuro y, entonces, pone en juego todos los poderes, todas las facultades con que cuenta, para hacer realidad aquello que ha soñado.

El hombre ha penetrado en las honduras de los bosques y las junglas. Ha navegado por los siete mares. Ha escalado las más altas montañas. Con instrumentos asombrosos, ingeniosamente inventados por su fértil imaginación, persigue lo desconocido y misterioso en el campo de las afinidades químicas y de las estructuras atómicas. Su mente ha abarcado ya toda la Tierra, y ahora se atreve a desafiar los misterios de los cielos, hasta el punto de que ya su búsqueda insistente lo ha llevado hasta los límites del sistema solar. Y ni siquiera allí ha encontrado lugar de descanso, sino que continúa avanzando a través de la magna extensión de la enorme isla que es nuestro universo, y aún más allá, hasta las galaxias del espacio exterior, e incluso, de modo indistinto, pero con osadía y persistencia, quiere lanzarse a las profundidades inmedibles que parecen tocar los bordes mismos del infinito.

Actualmente, del enorme crisol del pasado, ha surgido súbitamente, en deslumbrante llamarada de triunfos materiales, el fabuloso mundo de hoy. Nuevos materiales, nuevas herramientas, nuevos métodos e instrumentos para la obtención del conocimiento, nuevos poderes que superan a cuanto antes se conociera y aún se imaginara, posee el hombre a su alcance. Las condiciones de vida han sufrido una verdadera revolución. Mil viejos hitos han caído a tierra, mil viejas normas han sido echadas a un lado, y hemos entrado en una nueva era, donde parece cierto que

se le ofrecerán al hombre oportunidades casi ilimitadas para alzarse a cimas, hasta ahora ni soñadas, de progreso y de saber.

Mucho es, muchísimo, lo que la humanidad ha avanzado desde los días en que sus remotos antepasados vivían en cuevas y cazaban al oso salvaje o al lanudo elefante de aquellos tiempos y ansiosamente recorrían las tierras en busca de las sustancias comestibles que pudieran hallar. Pero, también mucho es lo que le falta por andar. Ciertamente es que ha logrado mucho para el bienestar de su cuerpo; pero, en cambio, admitamos que espiritualmente pocas han sido sus conquistas y muchos sus errores. Esto lo ha hecho sufrir, y el conocimiento adquirido no ha aliviado sus heridas. Así pues, en los albores de esta época nueva, tan intensamente cargada de poderes y promesas, no ha de sorprender que muchos y muchos ojos anhelantes otean los lejanos horizontes, en la ansiosa búsqueda de signos que anuncien que, acaso, una luz venga a disipar las tinieblas espirituales que oscurecen al mundo. Fervorosamente esperan muchos que el hombre, al fin, vuelva la vista hacia *dentro de sí mismo*, y aprenda así los secretos del alma humana. ¿Por qué ha nacido? ¿Por qué ha de morir? Y, ¿Por qué ha de recorrer este trecho de “tres veintenas de años y diez años más” sólo para desaparecer, al término de este lazo, en el silencio del aparente olvido? ¿Tiene el hombre que optar, para siempre, entre vivir acosado por las dudas o satisfacerse con meras creencias? O bien, ¿Puede llegar a saber de veras?

El autor de este libro se ha propuesto demostrar que el hombre *sí puede saber*. Porque tan lejos ha llegado su penetración en los secretos de la Naturaleza que lo ha conducido hasta las fronteras mismas de otros “mundos” que se extienden más allá de las cosas terrenas, y gradualmente se está revelando, a aquellos que tienen ojos para ver, la evidencia, clara y convincente, de la existencia de un Dios —una Inteligencia, un Matemático, un Arquitecto, un magno Maestro de Obras— que desarrolla un grandioso plan que vemos desarrollarse ante nosotros. Los principios generales del conocimiento científico son bien conocidos por la mayoría de la gente de hoy. Numerosos artículos sobre asuntos científicos y exposiciones de los mayores progresos de la ciencia, formuladas en lenguaje al alcance de todos, se publican en periódicos y revistas, y aún llegan directamente a millones de hogares mediante la radio y la televisión. Respecto a los problemas de carácter moral y espiritual, las religiones del mundo pueden ofrecer ayuda y guía. Si se estudiaran debidamente y se aplicaran sus enseñanzas, el mundo sería, de seguro, un lugar mejor en que vivir. Pero pocos serán los que nieguen que, en muchos respectos, tales enseñanzas no satisfacen el hambre intelectual de una mente inquisitiva y que, con frecuencia, los dogmas religiosos no hallan justificación posible ante el tribunal de la razón.

Pero lo que no es tan sabido es que existe otra fuente de conocimiento que sí puede justificarse plenamente ante la razón humana, y que también concuerda con los hallazgos de la ciencia. Lleva siglos y siglos, quizá milenios, de existencia entre los hombres, si bien durante larguísimo tiempo fue posesión exclusiva de los iniciados de las escuelas de los misterios, y se transmitía únicamente a aquellos discípulos que, luego de adecuada preparación, eran considerados dignos de recibirlo. Este conocimiento fue llamado “Teosofía” (Sabiduría Divina) por Ammonius Saccas, fundador de la Escuela Teosófica Ecléctica, en Alejandría, durante el siglo III de nuestra era; y el vocablo ha persistido hasta la actualidad. Varios grandes pensadores tales como Platón, Plotino, Simón el Mago, Paracelso, Giordano Bruno y muchos más, a través de los siglos, han promulgado muchos de sus principios capitales. Pero su exposición más completa hasta ahora es la que dio

Madame H. P. Blavatsky, dama rusa de noble linaje, en su obra monumental *La Doctrina Secreta*, publicada por primera vez en 1888. La Teosofía encierra muchas de las mejores enseñanzas de las grandes religiones del mundo. Combina la sabiduría oriental con la lógica y el pensamiento científico de Occidente, y los entretienen una filosofía llena de vida que da, a la vez, satisfacción intelectual e iluminación espiritual.

Puesto que autor y lectores vamos a considerar juntos algunas de las contribuciones sobresalientes que pueden ofrecer la Teosofía para descifrar los desconcertantes misterios de la vida, nos parece conveniente, antes de adentrarnos en campos de estudio más especializados, presentar un bosquejo de los principales conceptos teosóficos sobre los que habremos de extendernos luego; así, cuando pasemos a examinar parte por parte, se entenderán con mayor claridad las relaciones, la mutua interdependencia que las une. Por supuesto que esta no es tarea que pueda emprenderse a la ligera, porque, como muy bien ha dicho C. Jinarajadasa:

No hay libro de texto teosófico del que pueda decirse: “Aquí se encierra toda la teosofía”, porque la Teosofía es, como su propio nombre lo dice, “Sabiduría de Dios” y, por lo tanto, una exposición de las leyes que rigen al Universo... y mil misterios acerca de Dios, del Hombre y de la Naturaleza se revelan ante nuestros ojos, incitándonos avanzar y escudriñarlos más de cerca.

Por consiguiente, así como un viajero, al contemplar la descollante majestad de una cumbre montañosa, tan sólo puede describir aquellas bellezas que sus ojos han alcanzado a vislumbrar, así el autor absorto ante las cumbres de una filosofía sublime, únicamente intentará transmitir aquí el concepto de las grandezas que han logrado percibir su mente y su corazón.

En la magna concepción teosófica se postula una Gran Causa Primera, una Realidad Infinita, dentro de la cual toda manifestación tiene su origen. De esta Causa y Raíz de todo surgen dos polaridades fundamentales y opuestas: “Espíritu” y “Materia”. Entre ambas se establece una relación. Este es el campo de la manifestación futura, una tensión entre las dos polaridades opuestas que, habiendo sido divididas, tienden siempre a reunirse. “Siempre que esta reunión se efectúa, prodúcese el fenómeno que llamamos “conciencia”. Por consiguiente, la conciencia participa de la naturaleza de la Realidad misma; de hecho, es el reflejo o expresión parcial de la Realidad en la manifestación (Véase la [Figura 1](#)).



FIG. 1

De esta Trinidad Básica proceden tres “emanaciones” o corrientes de actividad creadora. La primera de éstas produce siete órdenes de materia de diferentes densidades, que se ínter penetran mutuamente. Así pues, la Tierra no es, de hecho, una sola esfera, sino siete esferas concéntricas. A la vida de Dios que se expresa mediante el mundo físico se la llama “energía”; cuando se expresa mediante el mundo astral (que es el inmediatamente más sutil), es “sensación”; y cuando se expresa mediante el mundo mental, es “pensamiento”. Mediante los otros mundos todavía más sutiles se expresan los diversos modos “espirituales” de manifestación.

La segunda “emanación” activa la materia de todos los planos, infundiéndole “vida”, lo cual provoca la producción de formas vivientes. Primero aparecen simples formas unicelulares, pero luego van evolucionando hasta llegar a ser las manifestaciones maravillosamente complejas y altamente organizadas que en la actualidad existen.

La tercera de estas “emanaciones” se efectúa cuando se llega a la forma humana, y dota a ésta de un “morador del cuerpo”. Y así se produce el triunfo mayor de toda la creación: el hombre divino, autoconsciente (al que se llama “la Mónada), que lleva en sí todas las potencialidades de la Deidad, “hecho a Su imagen y semejanza”. Entonces comienza el hombre su larga jornada evolutiva, en la que “comerá del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal”, de modo que, mediante esas experiencias, se desarrollen sus poderes divinos, pasando del estado latente a la plena actividad.

Desarrollar estos poderes divinos es el propósito para el cual vivimos.

Así pues, la mónada divina es la Realidad Últérriba que vive dentro de cada uno de nosotros. Tiene que “nacer” a existencia separada, individualizada en una

forma humana, y pasar por sucesivas etapas de crecimiento que corresponden a la infancia, la niñez, la adolescencia y la madurez, empleando cuerpos de los diversos órdenes de materia como vehículos de conciencia en los distintos mundos en que ha de vivir.

Por consiguiente, el hombre tal como lo conocemos en este mundo, es la Mónada, envuelta en una forma humana. Los cuerpos de materia más sutil están ligados al cuerpo físico de tal manera que los sentimientos, los pensamientos y los impulsos espirituales que surgen en aquellos pueden hallar expresión, mediante éste, en el mundo físico. Así pues, a la vez que funciona externamente en el mundo físico, el hombre está usando su conjunto de cuerpos para ponerse en contacto con la vida en sus diversos niveles, enriqueciendo así enormemente su vida física; cada uno de sus cuerpos aporta su contribución al propósito central del conjunto, que es la evolución del hombre espiritual.

Pero una sola y breve estancia en la Tierra sería completamente incapaz de proporcionar más que una contribución de casi insignificante cuantía a ese progreso necesario. Por eso, la vida del hombre está compuesta de ciclos en que alternadamente entra y se retira de la existencia física. Después de una encarnación dedicada a cosechar experiencias, luego que la “Muerte” lo despoja de su cuerpo físico, dispersándose éste en los varios elementos que lo componían, el hombre queda funcionando en su cuerpo astral por algún tiempo, haciéndose conciente del mundo astral. Este cambio no exige ningún movimiento en el espacio, sino un mero cambio en la conciencia. Las condiciones de su vida allí dependerán de cuales hayan sido la calidad y la intensidad de sus expresiones emotivas mientras vivió en el mundo físico. Pero, dado que ya no posee el hombre vehículo físico, es invisible a los ojos de aquellos que aún viven en cuerpos de carne. Más adelante, morirá el cuerpo astral, así como muriera el cuerpo físico, y el hombre, que nunca muere, pasará a funcionar en el mundo mental, donde su estancia será regida por reglas análogas a las que encontró primero en el mundo astral. Los cuerpos físico, astral y mental se hallan sujetos a nacimiento y muerte, pero no lo están los cuerpos superiores. Cuando el hombre deja atrás su cuerpo mental, se encuentra viviendo en su cuerpo espiritual o causal. También en éste rige el mismo sistema, es decir, que la mayor o menor plenitud de vida de que allí goza corresponde a la riqueza o pobreza de los pensamientos y aspiraciones elevadas que mantuvo mientras permaneció dentro de su vestidura física. Pero, además, en esta etapa de su vida posee la facultad de pasar revista a sus encarnaciones anteriores, observando sus éxitos y sus fracasos, sus buenas y malas acciones, con lo cual desarrolla algo más de fortaleza y nobleza de carácter. Luego iniciará el proceso de reencarnación, para forjar un nuevo eslabón en la cadena de su vida en desarrollo.

Comienza el hombre esta su larga jornada en el más bajo peldaño de su escala evolutiva, naciendo en razas primitivas, y aprendiendo un poquito a medida que recorre cada ciclo. De las más bajas formas humanas, pasa al cabo a otras algo más adelantadas, y gradualmente sus deseos se purifican, su mente se desarrolla, y alborean en él ideales más elevados. Vislumbres de amor divino comienzan a iluminar su corazón, y en su interior se afirma el poder de la voluntad pura. Cada encarnación, con su correspondiente período intermedio consagrado a la asimilación de experiencias, lo lleva un poco más cerca de la meta final de todos sus esfuerzos.

Absolutamente toda la vida humana esta regida por las grandes leyes naturales. A una de las más importantes de ellas se la conoce con el nombre de Ley de

“Karma”. Es la ley de ajuste, y ha sido llamada **“la ley fundamenta del Universo”**, porque liga el efecto a la causa en todos los planos del ser. No puede producirse ningún efecto sin su causa antecedente, ni puede ponerse en juego una causa sin que, a su tiempo, produzca su efecto correspondiente. Estos principios se cumplen en lo físico, en lo mental, en lo moral y en lo espiritual. Al aplicarse al hombre esta ley significa que él mismo se ha hecho lo que ahora es, por medio de sus pensamientos, sentimientos y actos del pasado y que, de modo análogo, está forjando ahora, momento a momento, día a día de su vida, su propio futuro. En ningún período de su existencia es víctima de un Dios colérico ni mero juguete de las circunstancias, sino que, paso a paso, hilo a hilo, está siempre tejiendo sus propio destino, arrastrando hacia atrás por impulsos egoístas o impulsado hacia delante por el llamamiento íntimo de su propia divinidad. La ley de karma actúa siempre produciendo el efecto en el plano mismo en que la causa se sembró. Así pues, los pensamientos y sentimientos del hombre dan por resultado su carácter, sus deseos y aspiraciones se traducen en oportunidades, y sus actos determinan sus circunstancias materiales y el medio ambiente a que inevitablemente será llevado (Véase la [Figura2](#))

La aceptación de las leyes de la reencarnación y el karma traen consigo, como inevitable corolario, la alentadora certidumbre de que a la raza humana le espera un futuro que habrá de transformar al hombre en superhombre. Ello implica que necesariamente serán trascendidos los campos actuales del esfuerzo humano y el hombre pasará a esferas de experiencia y de poder que actualmente se hallan por completo más allá del alcance, y aún de la imaginación, del hombre corriente. Se afirma que ya existen semejantes seres elevadísimos, y que su existencia ha sido atestiguada por muchos individuos, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos. Se les llama **“Adeptos”** o **“Maestros de la Sabiduría”**, y colectivamente forman lo que se nombra **“la Gran Logia Blanca”**, de cuyas filas han salido los Instructores que fundaron las grandes religiones del mundo.

Salvo unas pocas excepciones, en general los descubrimientos científicos modernos y las investigaciones que han abierto al hombre, tanto en la teoría como en la práctica, campos y perspectivas cada vez más amplias, han traído, a la vez, confirmación o apoyo a las doctrinas teosóficas. A su vez, la Teosofía ofrece al mundo su conocimiento esotérico, que nos enseña y explica que hay un propósito en la vida, y que ilumina los hechos aprendidos o experimentados con la comprensión del lugar que ocupan en la existencia.

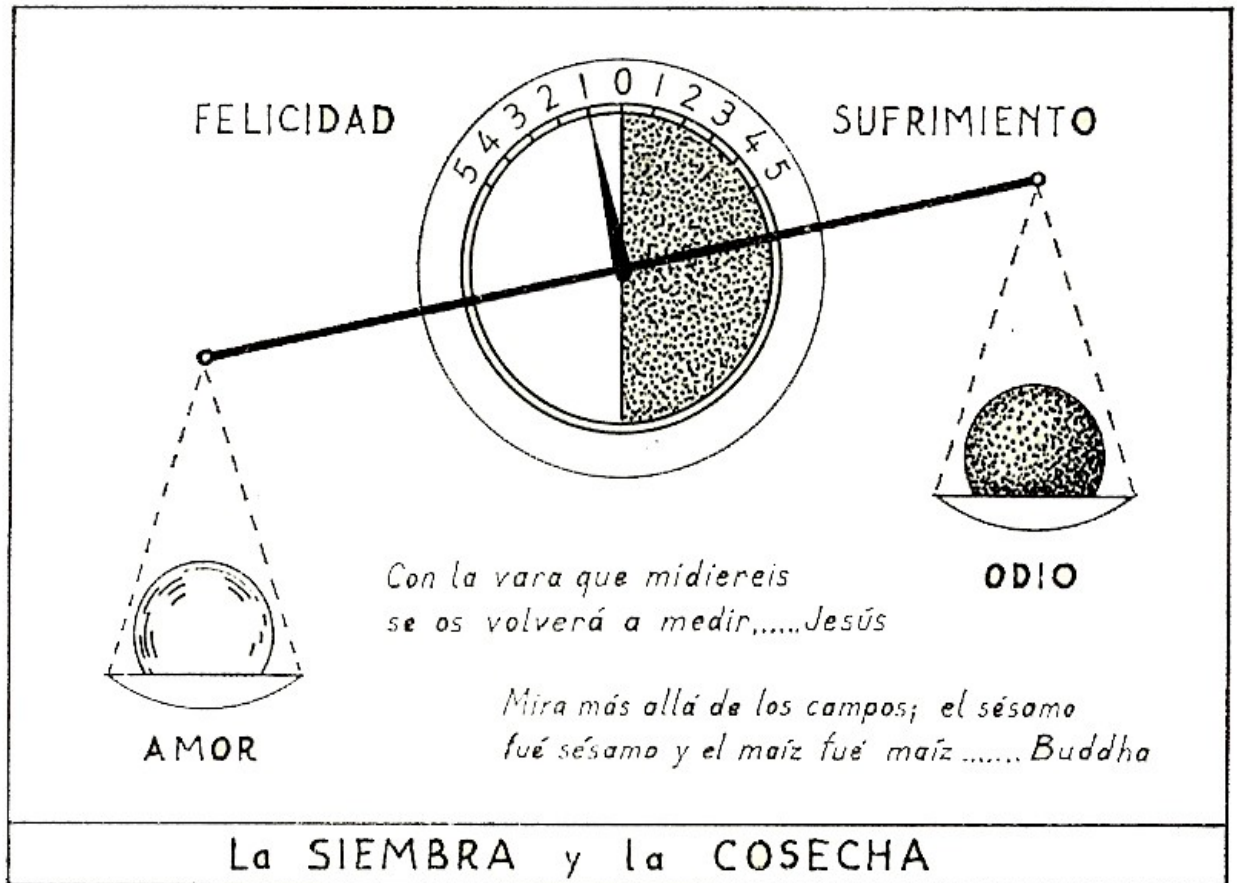


FIG. 2

Por ejemplo, entre otros numerosos casos, la investigación científica de la estructura y la naturaleza del átomo ha demostrado la verdad básica de las afirmaciones teosóficas acerca de la permeabilidad de la materia, y aún algo más: que la aparente solidez de cualquier substancia no es, en último término, más que producto de la mente. Por consiguiente, ese fenómeno puede reproducirse en cualquier plano de la Naturaleza. Muchas de las antiguas enseñanzas arrojan luz sobre conocimientos que, por otro camino, el hombre no ha alcanzado sino en fecha reciente y pueden, asimismo, señalar la dirección en que pueden realizarse nuevos descubrimientos. La existencia de los cuerpos más sutiles del hombre y la de los mundos superfísicos que interpenetran esta sólida Tierra sobre la que vivimos lanzan muchos rayos de luz sobre las más oscuras regiones de la mente subconsciente y sobre el nebuloso reino de la mente superconciente, así como sobre los misterios que encierran el sueño y la muerte. En verdad, abren al hombre senderos enteramente nuevos por donde avanzar hacia muy importantes investigaciones. La teoría de la reencarnación —que muchos afirman ser hecho probado—, y que muestra al hombre trayendo consigo, en cada nacimiento físico, los frutos de otras muchas pasadas vidas terrenales, pero, a la vez, debiendo desarrollar un cuerpo físico que sirva a sus nuevas necesidades de progreso, encierra aporte importantísimo, y de índole muy nueva, al gran problema de la educación. Ofrece, como premisa básica, la idea de que un sistema educativo, para lograr verdadera efectividad, tiene que emplear métodos que extraigan de las profundidades del alma que ha reencarnado las facultades y cualidades que

anteriormente hubo de desarrollar, trayéndolas a la plena luz de la conciencia y de la expresión, sin encerrar al niño en moldes mentales cristalizados que le estorben sus propios esfuerzos hacia su expresión genuinamente creadora.

La naturaleza fundamental de los conceptos que ofrece la Teosofía la hacen aplicable, en cierta medida, a toda rama de la ciencia, a toda forma del arte. Y brinda, asimismo, una filosofía religiosa idealizada libre de dogmas y credos. Presenta la Teosofía una explicación científica de la inmortalidad, y proclama que la fraternidad universal es un hecho positivo de la Naturaleza.

A base de algunos de los más sencillos conceptos de la Teosofía y de la ciencia moderna, y con profundo reconocimiento de las muchas enseñanzas sublimes de las grandes religiones del mundo, es como el autor de este libro se aventura a ofrecer este modesto aporte a la satisfacción de lo que considera la necesidad suprema de los tiempos actuales, a saber: que el hombre, con la magna Utopía al alcance de su mano, y a la vez, dotado de fuerzas que podrían provocar su propia destrucción, comience ahora a explorar, profunda y sinceramente, los mundos que lleva dentro de sí –los mundos de experiencia espiritual- para aprender allí el plan de la vida y para emplear sus poderes y su comprensión, cada vez mayores, en la emancipación de la raza humana.

Recordemos siempre, que la ciencia no es un genio maravilloso y legendario, capaz de realizar milagros, haciendo que vean los ciegos y anden los paralíticos, y que las voces den la vuelta al globo. La ciencia es la observación y la clasificación de los modos de trabajo de la Naturaleza, *-en cuánto y cómo dichos modos afectan la conciencia del hombre-*. Los hombres de ciencia han observado los modos cómo esta conciencia responde al medio circundante y a los estímulos. ¡La Naturaleza es la gran hacedora de maravillas! Y la Naturaleza no es sino una expresión de Dios. La Teosofía no es un mero sistema de pensamiento que haya de asegurarnos paso fácil y exento de peligros por los laberintos de la vida. No. Es una revelación, siempre creciente, de una Verdad interna, que responde a una mente indagadora. Un comentario oculto dice: “No podrás recorrer el Sendero hasta que te hayas convertido en el Sendero mismo.” El mero estudio de la religión no llevará nunca a la unión con El Supremo. La religión tiene que llegar a hacerse visión interna, experiencia directa, antes de que pueda alcanzarse la meta.

En el presente libro se ha intentado explicar algunas de las enseñanzas, tan invaluablemente preciosas, de la Sabiduría Antigua, de modo que resulten más aceptables a los lectores de hoy, y mostrar que esas enseñanzas no son en modo alguno incompatibles con muchos de los más recientes hallazgos de la ciencia: todo ello en la medida en que puede entenderlo el profano. Muchas de las interpretaciones de ciertos aspectos de la Teosofía que aquí se presentan son obra del propio autor. Esto es inevitable, y dicho autor acepta plena responsabilidad por ellas. Pero, en cuanto a los conceptos fundamentales de estas enseñanzas, declara que se los debe a muchos grandes pensadores que han consagrado su vida al estudio y la investigación de estos temas. El autor ha dado a algunos aspectos de la Teosofía mayor prominencia de la que generalmente se les concede en exposiciones de esta índole, porque está convencido de su sobresaliente importancia para la comprensión de la vida. Aquellos que hayan estudiado ya estos asuntos, notarán la ausencia de muchas palabras o frases muy usuales en otras obras, pero que el autor ha omitido deliberadamente, por considerar que pudieran causar una cierta confusión en la mente de aquellos que no están familiarizados, aunque sólo sea hasta cierto punto, con el conocimiento teosófico.

Repetidamente se ha dicho que “una lámina vale por mil palabras”, autoridades reconocidas en el campo de la educación corroboran la verdad de este aserto. Una representación visual deja en la mente una impresión más profunda y duradera que toda palabra escrita o hablada. Por eso, a lo largo de todo el libro se han usado profusamente las ilustraciones, y se insta al lector a estudiarlas cuidadosamente, porque el autor opina que, no solamente servirán para esclarecer el texto sino, en muchos casos, hasta para ampliarlo.

Aquellos para quienes sean nuevos los conceptos que aquí se exponen, deberán prepararse a ampliar su mente para que sea capaz de abarcar su grandeza. El plan de la evolución, que cubre el vastísimo campo de la totalidad del Cosmos, presenta proporciones tremendas, que se extienden mucho más allá de los límites de nuestra imaginación. Y aunque podamos desde ahora obtener más y más vislumbres de su grandeza, seguramente es de esperarse que, al acercarnos más a la Verdad, nuestra mente haya de extenderse mucho más allá de las comparativamente reducidas regiones de la existencia mundanal. Acaso algunos de los pensamientos que se ofrecen en estas páginas parezcan lindar con lo sensacional. Pero esta impresión es totalmente ajena a los propósitos que han inspirado la redacción de este libro; aunque admitimos que, a veces, algunos de los conceptos aquí estampados rocen, aparentemente, lo increíble. No por eso, exclusivamente, merecen que se les rechace. También resulta difícil de creer, a primera vista, que un átomo puede emitir ondas con una frecuencia de miles de millones ¡por segundo! Sin embargo, la ciencia nos asegura que eso, aparentemente tan difícil de creer, responde a la realidad. Por eso, si para expresar lo que el autor piensa y siente que es verdad, se hace necesario decir cosas que parezcan traspasar las fronteras de lo verosímil, no dejará él de decirlas; pero, en todo esos casos expondrá las razones en que se apoya, y se esforzará en mostrar el lugar que esos conceptos ocupan dentro de la totalidad de la concepción teosófica, según la entiende alguien que no aspira a mayor honor en la vida que el de contarse entre aquellos que sinceramente aspiran al conocimiento de la VERDAD.



He escrito estas breves palabras que anteceden mientras en torno mío se alargan lentamente las sombras de un atardecer de verano en la India. Una vez más, el Sol ha trazado su ígneo surco en el firmamento. Ahora, un inmenso fulgor ilumina el cielo, al occidente, encendiendo en aquella vasta extensión enormes llamaradas de oro vivo. Silencioso y magnífico, el magno astro parece apresurarse a desaparecer a nuestros ojos, pero dejándonos antes el más glorioso de los dones que vierte sobre los hombres. Pronto no lo veremos más hasta que llegue el nuevo día. Casi a mis pies, un ancho y sinuoso río fluye lentamente hacia el mar, y llega a mis oídos la música de las olas que con armonioso ritmo vienen a chocar contra la playa. Los pájaros regresan a buscar abrigo nocturno entre el ramaje de los frondosos árboles que se extienden a lo largo de las orillas. Con cantos y con lo que parece alegre charla, muévense entre la brisa vespertina, en un último vuelo extáticamente gozoso antes de entregarse al descanso. Ya se aproxima la noche, ¡y con la noche vendrán las estrellas!

¡Qué maravillosa es la vida! Apenas nos envuelven las tinieblas, ocultándonos el mundo en que vivimos, desplégase ante nuestra vista el sublime espectáculo de otros mundos, de otros soles, de galaxias incontables. No quedamos presos entre las sombras que nos rodean. Liberados de la tiranía de las cosas terrenas, nos lanzamos a colmar nuestros ojos extasiados con las esplendorosas glorias de los cielos. ¡Y no hay otra limitación al arrobamiento que la pequeñez de nuestra capacidad para ver y comprender, para apreciar y admirar!

Sinceramente abrigo la esperanza de que algunos lectores hallen en estas páginas una vía que los lleve a liberarse, en cierta medida, de las ataduras terrenales, de las presiones y tensiones de la vida cotidiana; y que, al apartarse así un tanto de las cosas de este mundo, perciban, o comprueben, que la conciencia puede volar a reinos superiores, a mundos de Verdad y de Belleza, mundos de plenitud intelectual y de cada vez más viva percepción espiritual.

**Adyar, Madras,
Pearson
India.**

E. Norma

Sección Dos

REALIDAD E ILUSIÓN

Contempla cómo, al igual que la luna se refleja en las aguas tranquilas, Alaya se refleja en lo pequeño y el lo grande, aún en los átomos más diminutos y , empero, no logra llegar al corazón de todos. ¡Ay, que tan pocos hombres aprovechen el don, la inapreciable oportunidad de aprender la verdad, la correcta percepción de las cosas existentes, el conocimiento de lo no existente!

(La Voz del Silencio- H. P. Blavatsky)

CAPÍTULO I

LA CONSCIENCIA

Varios historiadores han señalado que la idea de progreso es una adquisición bastante reciente del pensar humano. Especialmente, antes de que el concepto de la evolución lanzara sus reveladores rayos de luz sobre las múltiples actividades de la Naturaleza, la gran mayoría de la humanidad consideraba al mundo como un sitio donde el hombre, junto con todas las formas inferiores de vida, nacía, vivía, sufría y moría en condiciones bastante estáticas. Pero, en época más cercana, la realidad del cambio y del progreso se ha hecho más y más evidente, de modo que ha llegado a primera fila entre las fuerzas actuantes sobre los diferentes aspectos de la vida que exigen consideración y explicación. Porque, siendo ahora el progreso tan claramente evidente en la cambiante sucesión de los acontecimientos, necesariamente tiene que existir una gran fuerza impulsora que lo provoque y mantenga.

Desdichadamente, a pesar de estos hechos, los hombres de ciencia persisten todavía en excluir del campo de sus investigaciones la idea de Deidad, y reiteran sus fútiles intentos de explicar las maravillas de la Naturaleza sin postular la existencia de una Inteligencia creadora y directora que las produzca y rija. Al proceder de este modo, niegan, en cambio al vastísimo campo del Universo, aquello mismo que saben perfectamente bien que gobierna todo esfuerzo creador del hombre dentro de su campo inmensamente más reducido a saber; que toda obra de sus manos ha nacido y tomado forma en virtud de sus actividades mentales creadoras y rectoras. Esta actitud hace que la conciencia misma sea para ellos un misterio, y tendrá que seguir siéndolo mientras no cambien de modo de pensar. Pero es interesante señalar que la posición mental que han asumido se hace cada vez menos sostenible casi a cada nuevo descubrimiento; y aumenta progresivamente el número de escritores sobre materias científicas que expresan su creencia en que los problemas más y más profundos con que se enfrentan los físicos jamás hallarán respuesta mientras no se recurra a la idea de Dios.

La Teosofía, en cambio, nos ofrece un panorama muy distinto. A continuación citamos un pasaje perteneciente a la Sección Uno de esta obra (Véase [Figura1](#))

En la magna concepción teosófica se postula una Gran Causa Primera, una Realidad Infinita, dentro de la cual toda manifestación tiene su origen. De esta Causa y Raíz de todo surgen dos polaridades fundamentales y opuestas: “Espíritu” y “Materia”. Entre ambas se establece una relación que será el campo de la manifestación futura: una tensión entre las dos polaridades opuestas que, habiendo sido separadas, tienden constantemente a reunirse. *Siempre que esta reunión se efectúa, prodúcese el fenómeno que llamamos “Conciencia”*. Por consiguiente, la conciencia participa de la naturaleza de la Realidad misma; de hecho, es el reflejo o expresión parcial de la Realidad en la manifestación.

De lo anterior puede deducirse que, en cualquier plano o mundo, la conciencia es la Realidad de ese mundo. Es como si una luz blanca brillara a través de una serie de vidrios de diferentes colores. Ese color representaría, ni más ni menos, aquella porción de la luz original que

podría atravesar cada vidrio en particular o, en otras palabras, la longitud de esa visión dependería de la capacidad visual del espectador que a medida que en grado cada vez mayor se realice la reunión de los antes separados Espíritu y Materia, más y más se expandirá la conciencia; y podemos postular, -aunque de hecho nos sea imposible comprenderlo- que la “conciencia condicionada” de ahora se desarrollará y ampliará, mediante la unión continuamente creciente de las dos polaridades opuestas, hasta hacerse una con la “Conciencia Universal” ([Figura 1](#))

H. P. Blavatsky dijo, en *La Doctrina Secreta*:

En cualquier plano en que esté actuando nuestra conciencia, tanto nosotros como las cosas pertenecientes a dicho plano somos, por el momento, nuestra única Realidad.

Hay que notar, con mucho cuidado, las palabras “por el momento”, que destacan que se trata sólo de un estado transitorio. “Nosotros”, es decir, el Yo, actuando bajo las limitaciones del plano físico, puede ser tomado por el Yo real, por el Yo en su verdad y totalidad, pues vemos que muchísimas personas creen que no son nada más que su cuerpo físico; pero esto no es cierto. Y la autora sigue diciendo:

Pero, a medida que ascendemos en la escala del desarrollo, nos damos cuenta de que en la etapa que acabamos de dejar atrás erróneamente tomábamos las sombras por realidades, y que el progreso del ego hacia lo alto es una serie de despertamientos progresivos, en la que cada etapa trae consigo la idea de que ahora sí, por fin, hemos alcanzado la “realidad”; pero sólo cuando hayamos llegado a la conciencia absoluta y fundido con ella la nuestra, nos veremos libres de las engañosas ilusiones producidas por Maya.

Al reflexionar sobre conceptos como los que acabamos de presentar, hay que reconocer que estamos tratando de abarcar lo infinito con aquello que es finito. ¡Y, evidentemente es empeño imposible! Pero hay maneras de lograr ayuda para estimular nuestras facultades intuitivas hasta llegar a un cierto grado de comprensión: consisten en observar atentamente los procesos de la Naturaleza que se hallan al alcance de nuestra comprensión actual. Las leyes de la Naturaleza tienen carácter único e invariable, y se aplican a todos los niveles de la manifestación, desde lo aparentemente insignificante hasta las grandes regiones y procesos cósmicos. La mente razonadora no puede captar cómo fue posible que de lo “no existente” surgiera lo manifestado; y, sin embargo, vemos desarrollarse un proceso paralelo a éste en el terreno de nuestra experiencia cotidiana. Nadie sabe lo que es, realmente, la electricidad y, sin embargo, existe en todas partes, sin que podamos conocerla sino a través de los efectos que produce sobre aquellos objetos a que puede extenderse nuestra observación. Tal como la Realidad inmanifiesta, podemos considerarla, también inmanifiesta, tras de todos los aspectos de la energía eléctrica. En la [FIGURA 3A](#) se ha intentado representar este hecho por medio de un diagrama, y en la [FIGURA 3B](#) se presenta ese mismo principio, pero aplicándolo a los

procesos cósmicos. En la [FIGURA3C](#), aparece un bombillo eléctrico que, introducido entre dos polos opuestos, les permite reunirse parcialmente. Enseguida, en el lugar donde antes reinaban las tinieblas, resplandece la luz. En nuestros hogares, el tendido eléctrico se halla oculto a la vista, y tampoco podríamos ver como corre la electricidad por los alambres, ni los conmutadores, de por sí, pueden dar luz, pero cuando se abre un camino de reunión –en este caso, un bombillo-, y aquello que estaba separado puede juntarse otra vez, se manifiesta lo antes inmanifestado. Aunque nos es desconocida la naturaleza de la electricidad en sí, podemos aprender mucho acerca de ella por medio de los efectos observables que sobre muchísimos objetos produce. De modo semejante, en el campo inmenso de la totalidad de la Naturaleza, ocultos se hallan el Espíritu y la Materia ([FIGURA3D](#)). No los conocemos tales como en realidad son. No podemos comprender plenamente lo Infinito; pero cuando se forman vehículos de conciencia –y toda cosa viva lo es, en distinto grado-, entonces, a través de ellos, en distinta medida, pueden juntarse otra vez Espíritu y Materia, y mediante los muchos diversos estados de conciencia que surgen, nos es posible captar más y más vislumbres de Lo Real.

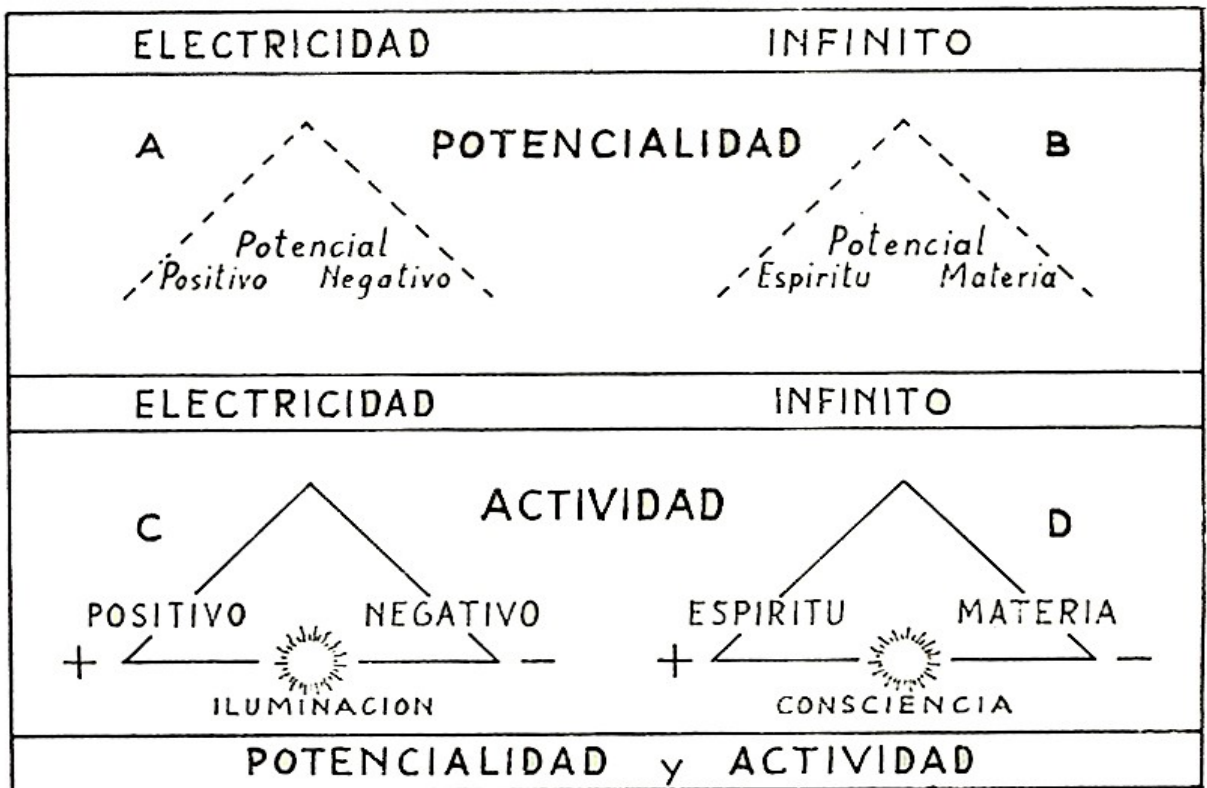


FIG. 3

CAPITULO 2

EL MUNDO DE LA CONSCIENCIA

Intentaremos reducir ahora estas abstracciones a sus aplicaciones prácticas dentro de nosotros mismos en relación con nuestra vida cotidiana. Aquí podemos descubrir un hecho que, una vez realmente comprendido, puede revolucionar todo nuestro concepto de la vida y desenredar muchas complicadísimas marañas de enigmas que hasta ahora han desafiado toda solución. El hecho es éste: *El mundo en que vivimos no es, en absoluto, el mundo en el que creemos vivir: éste es un mundo forjado por la conciencia. ¡Por nuestra conciencia!* Pero, por supuesto, nosotros no creamos ese mundo; surge en nuestra conciencia como respuesta a los impactos que recibimos de las combinaciones de “Espíritu” y “Materia” que existen durante la manifestación. Por consiguiente, dado que la conciencia, como hemos indicado, es un reflejo de la realidad, el mundo es partícipe de la naturaleza de esa Realidad. El mundo físico, tal como nosotros lo percibimos, es una imagen que surge en nosotros en respuesta a las diversas impresiones sensoriales, por ejemplo, los sonidos se producen cuando las ondas de ciertas longitudes transmitidas por el aire o por otros medios, hacen vibrar la membrana del tímpano, se transforma en ondas de linfa, luego en minúsculos impulsos eléctricos y, al fin, se trasmite en el cerebro y, por este, a la conciencia. *Dentro de la conciencia es donde esos diversos impulsos físicos se transforman en sonidos. Hay ondas electromagnéticas de otras frecuencias que afectan nuestros ojos y que, al llegar al fin a la conciencia, se convierten para nosotros en luz. Y este mismo proceso se aplica a todas nuestras impresiones sensoriales, del conjunto de las cuales surge nuestro mundo, es decir, el mundo tal como nosotros lo percibimos.*

Pero ese mundo que conocemos, ese mundo “nuestro”, esta dentro, y no fuera de nosotros (Véase la [Figura4](#))



FIG. 4

Una analogía casi exacta de este proceso puede apreciarse en nuestros aparatos receptores de televisión. A través del éter se propagan ondas invisibles, intangibles, inaudibles, de diferentes frecuencias. Pasan junto a nosotros, y aún a través de nosotros y, sin embargo, en modo conciente somos concientes de ellas; pero cuando las capta un aparato televisor, bien sintonizado con el canal correspondiente, esas ondas se transforman en otras ondas de poca longitud, en ondas luminosas, cuyas variantes producen la imagen que aparece sobre la pantalla, en tanto que otras frecuencias se transforman, de modo análogo, en ondas más largas, ondas sonoras, que llegan a nosotros en forma de la música, la palabra y los otros sonidos que nos trasmite el amplificador. Así pues, en las actividades de la Naturaleza que podemos percibir en torno nuestro, encontramos analogías con otras actividades que se realizan en campos a los que no alcanza nuestra percepción. El televisor nos ofrece una semejanza, mas aún, una copia –imperfecta pero reconocible- de una escena que, en verdad, esta sucediendo en todas partes. En el espacio entre “lo real” y “lo aparente” no hay mas que ondas, silenciosas, invisibles, misteriosas.

Pero, en el aparato receptor, esas ondas misteriosas se convierten en luz y sonido. Así, de la Realidad trascendente, irradian “ondas”, envueltas en misterio, a las que damos el nombre de “Espíritu” y “Materia”. Dentro del cuerpo –maravilloso “aparato receptor” en el que vibra la vida-, surgen la consciencia, en respuesta a aquellas “ondas”, y nos da una reproducción, una copia imperfecta pero reconocible por la mente intuitiva, de la Realidad de lo Inmanifestado (Véase la [Fig5](#))

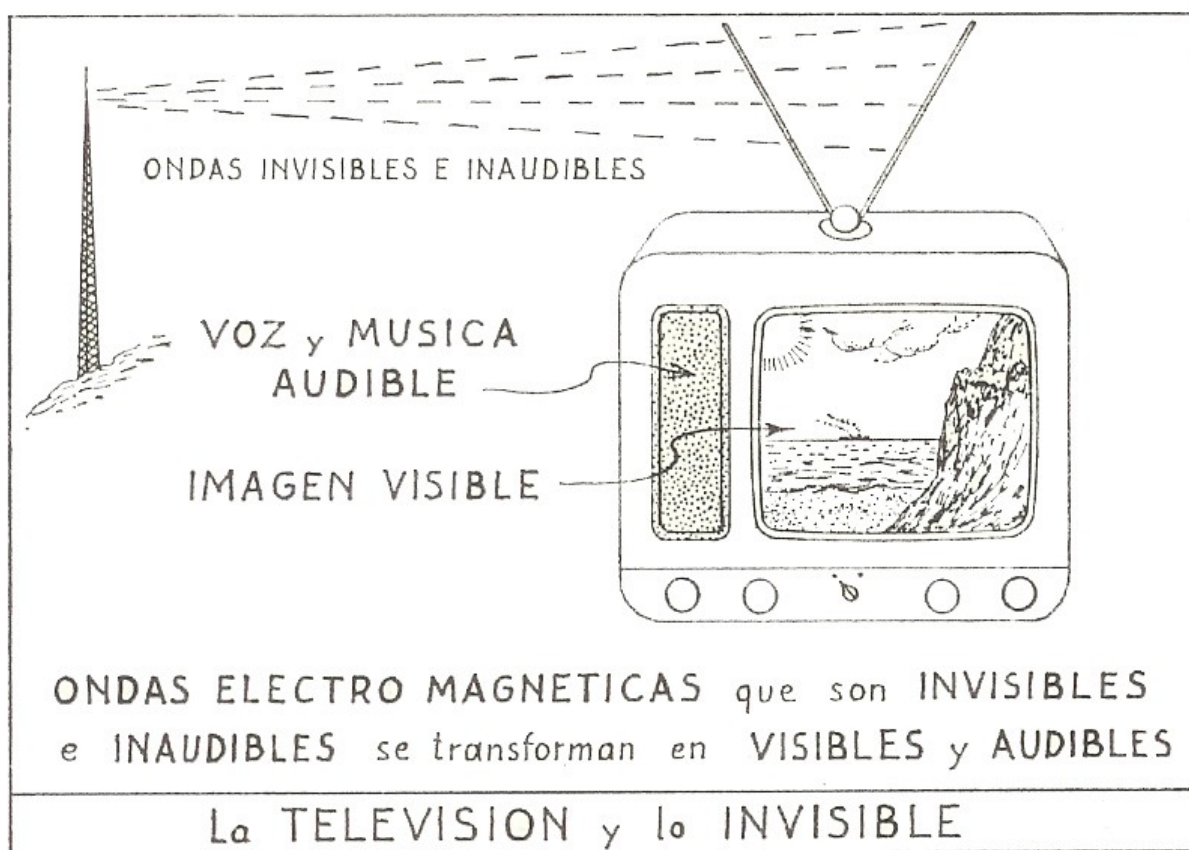


FIG. 5

Durante cientos y cientos de años los grandes pensadores del mundo creyeron que la materia era indestructible. Siendo indestructible era, por lo tanto, eterna: constituía la única realidad de la existencia. La conciencia y el pensamiento eran considerados como meras apariencias, incidentales o accidentales, dentro de aquella realidad. Pero al aproximarse el final del siglo XIX, comenzaron a ocurrir cambios drásticos en el pensamiento científico. Los trabajos de físicos y matemáticos tan notables como Borh, Blank, Millikan, Michelson, Jeans, Einstein y muchos otros mas aportaron pruebas de que las ideas de sus predecesores no se ajustaban a la realidad y debían ser completos eliminadas del pensamiento científico y del profano. Sir James Jeans expresó la opinión que el Universo es el pensamiento de un Gran Pensador Matemático, pensamiento creado en un tiempo infinitamente remoto y moviéndose hacia un fin que no podemos vislumbrar. Cuatrocientos años antes, Giordano Bruno había dicho: “El acto del Pensar Divino es la sustancia del Universo”. Unos cuatros siglos antes de Cristo, el gran filosofo Demócrito proclamó: “Lo dulce y lo amargo, lo caliente y lo frío, así como todos los colores todo eso existe en la opinión y en la realidad”.

El gran filosofo irlandés George Berkeley afirmó, en su vívido y elocuente estilo:

Todo cuanto reluce en los cielos y cuanto llena la tierra, en una palabra, todo cuanto compone la magna estructura del mundo, no tiene sustancia alguna sin la mente... Mientras yo de hecho no los percibo, o no existan en mi mente, o en la de cualquier

otro espíritu creado, todos esos objetos no pueden gozar de existencia alguna, a menos que subsistan en la mente de algún Eterno Espíritu.

Así pues, a la luz del mas avanzado conocimiento actual, este concepto enorme esta logrando reconocimiento mas amplio, y se destaca ante el pensamiento humano de modo mas y mas convincente, como paso de primerísima importancia hacia la verdadera comprensión de los mundos que nos rodean y de los que existen dentro de nosotros mismo. Aquel universo mecánico de los antiguos hombres de ciencia ha desaparecido, y con gran rapidez lo sustituye otro Universo mayor y mas maravilloso. Estos hechos asumirán una significación aún mayor cuando pasemos a considerar, en un capítulo posterior, los ordenes superfísicos de materia, ya que aquellos ofrecen una base completamente nueva para el estudio de problemas tales como el sueño y los sueños, y sobre la supervivencia del hombre espiritual después de la muerte del cuerpo físico.

Comprenderemos así que mundos que hoy nos son desconocidos pueden ser, y serán reales y tangibles para nosotros, si cambian las circunstancias.

CAPITULO III

LA TRINIDAD HUMANA

Las escrituras sagradas cristianas nos dicen que el hombre ha sido hecho “a imagen y semejanza de Dios”. En el *Bhagavad Gita* hindú leemos estas palabras de Shri Krishna: “Yo soy el Yo, asentado en el corazón de todos los seres”. De modo análogo, hay un concierto casi universal entre las grandes religiones del mundo en cuanto a proclamar que el hombre es un ser espiritual que participa de la Naturaleza de su Divino Creador. Así pues, deberíamos empezar a darnos vívida cuenta del estrechísimo lazo de unión que liga al hombre con Dios. Vemos cuán íntimamente”en “Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”. Porque la Mónada humana (que es el verdadero Yo, la Simiente Divina) está enraizada en la

conciencia de Dios mismo, y de ella procede. Por consiguiente, dado que Dios es una Trinidad, también el hombre debe ser una trinidad.

La [Fig6](#) muestra en forma gráfica esta relación del hombre con Dios. Se observa que la Mónada humana deriva su ser de la Conciencia Divina, y se muestra cómo la trinidad humana constituye un reflejo de la Trinidad Divina. También podemos enfocar esta cuestión desde el punto de vista de la experiencia concreta y cotidiana, empleando el método de los psicólogos introspectivos y esforzándonos por analizar el contenido y el funcionamiento de nuestra propia conciencia. Permanezcamos tranquilos durante unos pocos momentos, evitando en todo lo posible cuanto, a través de la vista y del oído, pudiera atraer nuestra atención lejos del fin que nos hemos propuesto, Tratemos de mantenernos en equilibrio mental y emotivo, con la mente a la vez reposada y alerta. Luego, gradualmente, ha de intentarse lograr una cierta percepción del funcionamiento de nuestra conciencia, y entonces observará uno que el resultado puede clasificarse dentro una triple división básica. Tiene una la percepción de ser conciente:



FIG. 6

- | | |
|------------------------------|---|
| 1. DE OBJETOS | De un mundo material que nos rodea. |
| 2. DE SER CONCIENTE | De diversos estados de conciencia que surgen de los |
| | Estímulos del momento, o |
| independientemente de ellos. | |
| 3. DEL YO | De aquello que, dentro de cada uno de |
| nosotros, lo hace | sentirse <i>Yo</i> , un ser separado de los otros |
| seres. | |

No sería difícil discernir así la naturaleza triple de nuestra conciencia y observar que está de acuerdo con las ideas expuestas cuando consideramos esta cuestión “desde arriba”, en vez de hacerlo, como ahora, “desde abajo”. Así pues, el hombre es “un Dios en vías de formación”.

CAPITULO IV

LAS TRES GRANDES ILUSIONES

Dice un viejo adagio que “ver es creer”. Pero ya hoy sabemos que el adagio no está en lo cierto, hasta el punto de que podemos estar bastante seguros de que lo que vemos no es verdad. Porque de nada sabemos la verdad completa. En lo físico, lo mismo que en lo espiritual, sólo “vemos a través de un vidrio, nubladamente”. Así, el mundo nos parece llano, pero sabemos que no lo es. El Sol parece cruzar el cielo de un extremo a otro, pero sabemos que eso no es más que una ilusión producida por el movimiento de la Tierra sobre su eje. Nos parece ver incontables estrellas en el cielo, pero ellas no están donde a nuestros ojos parecen estar, ¡y acaso muchas

no existan ya! Nos parece que nuestro cuerpo es un objeto bastante sólido, pero la ciencia nos dice que toda la materia realmente sólida que contiene cabría en un dedal. Si introducimos una varilla en agua, nos parecerá que se tuerce y, no obstante, permanece recta.

En la Academia Nacional de Ciencias de Washington, D. C., Estados Unidos de América, existe el llamado “Péndulo de Foucault”. Este aparato consiste en un largo alambre de acero pendiente de un punto no sujeto a fricción, y en el extremo inferior se le ha suspendido una pesada esfera de metal. Esta esfera se balancea lenta y continuamente sobre un disco situado horizontalmente bajo ella y marcado, a semejanza de un reloj, con las veinticuatro horas del día. A medida que pasa el tiempo, la esfera va señalando las horas sucesivas, cambiando así aparentemente la dirección de su balanceo; pero se trata tan sólo de una mera apariencia. En realidad, la esfera no cambia en absoluto la dirección de su balanceo; lo que sucede es que el disco, el edificio en que está encerrado, la Tierra entera son los que se mueven bajo la esfera, mientras esta continua balanceándose invariablemente en la misma dirección (Véase la [Fig7](#)). Hay que tener en cuenta que la reproducción de la superficie del disco en dicha figura, ha sido simplificada en bien de la claridad. Según aparece en el diagrama, el disco figura con las marcas que le corresponderían si estuviese situado en el Polo Norte o en el Polo Sur. En Washington, el período tendría una duración de más de treinta y ocho horas, según este cálculo:

$$\frac{\text{Período de aparente Rotación}}{24} = \frac{24}{\text{Seno (grado de latitud)}} = 38.4$$

El aire, que a veces nos parece hasta la inmovilidad en un anochecer de verano, representa otra ilusión: no tiene nada de quieto. En cada centímetro cúbico de aire invisible y tan tranquilo que ni aun lo sentimos, hay más de 197. 000 . 000 . 000 . 000 millones de moléculas, cada una de las cuales están en rápido movimiento, chocando con otra molécula aproximadamente 5.000 millones de veces por segundo y apartándose en su recorrido 1/16.500 de cm.

A pesar de lo diminutas que son las moléculas, los átomos lo son aún mucho más. Y ahora, como todos sabemos, los hombres de ciencia han descubierto que el átomo, antes considerado como la última e indivisible unidad de materia, tampoco es sólido, sino que está formado por un núcleo central y una o más unidades, llamadas “electrones”, que giran a su alrededor, y relativamente a grandes distancias de él. Así pues, los hombres de ciencia convienen ahora en que la “solidez” de la materia que vemos en torno nuestro y que nos parece la cosa más real que podemos conocer es una mera apariencia. Es un mito. No es cierta. Es una ilusión.

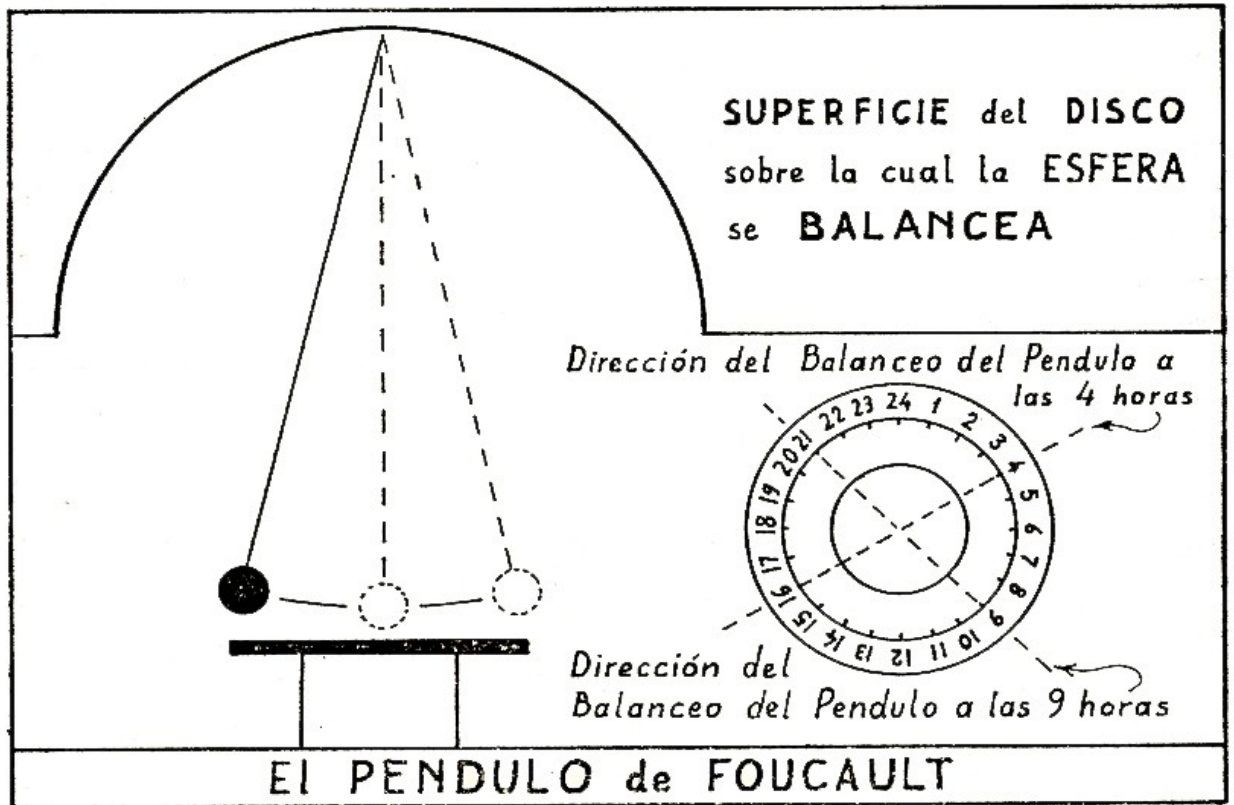


FIG. 7

Esta relación de cosas que no son lo que nos parecen ser podría alargarse indefinidamente; pero tal reiteración no tendría gran utilidad, ya que basta lo señalado para recordarnos la incapacidad de nuestros órganos sensoriales para darnos una percepción exacta de la realidad, incapacidad que ya es plenamente reconocida. El tacto, el gusto y el olfato apenas hacen más que darnos cierta información valiosa para nuestro bienestar físico. Nuestro sentido del oído abarca once octavas de vibración, desde dieciséis mil hasta treinta y dos mil por segundo. Pero muchos mamíferos, aves e insectos pueden captar sonidos que están mucho más allá del límite a que alcanza nuestra facultad. La Naturaleza seguramente les ofrece una gran variedad de experiencias de las que nada sabemos. De sesenta o más octavas conocidas de ondas radiantes, ¡el ojo humano es incapaz de captar más que una! Y, sin embargo, nuestro conocimiento del medio que nos circunda depende más de la facultad de la vista que de cualquier otro de nuestros sentidos. No obstante, a pesar de lo fragmentario de nuestro conocimiento, este mundo en que vivimos es un mundo maravilloso. Sus bellezas, sus maravillas deberían indicar a todos –pero hay quienes, obstinadamente cierran los ojos para no ver– como se desarrolla ante nosotros un plan magnífico, un plan que se nos revela más y más fascinante con cada descubrimiento a que llegamos. Sí, es un mundo maravilloso *Pero es un mundo de ilusión. No es ilusorio porque no exista, sino porque no lo conocemos tal como realmente es. El mundo tal como existe en la conciencia del hombre no es idéntico al mundo tal como existe en la conciencia de Dios. En otras palabras, la Realidad se halla en lo Infinito y lo Inmanifestado. El mundo de limitación y de manifestación es un mundo de ilusión. Pero no debiéramos caer en el error de pensar que Lo Inmanifestado es una indefinible “nada”. Más bien hemos de considerarlo como un indefinible “Todo”. Porque toda*

manifestación depende de una limitación. Un “objeto” no puede existir sino en virtud de una limitación que lo separa de los demás “objetos”. Hasta manifestaciones tan enormemente vastas como un Sistema Solar, y hasta un cosmos, son limitaciones en el espacio. *Lo Infinito o Inmanifestado es aquello donde existen todos los opuestos, pero donde están disueltos en la realidad que subyace tras ellos y donde nacen.*

Llegamos ahora al punto culminante de la cadena de pensamientos que hemos ido siguiendo paso a paso; y, con ello, a otra clave maestra para la comprensión de la vida. La [Fig8](#) nos mostrará gran semejanza con la [Fig6](#) pero algo se le ha añadido.

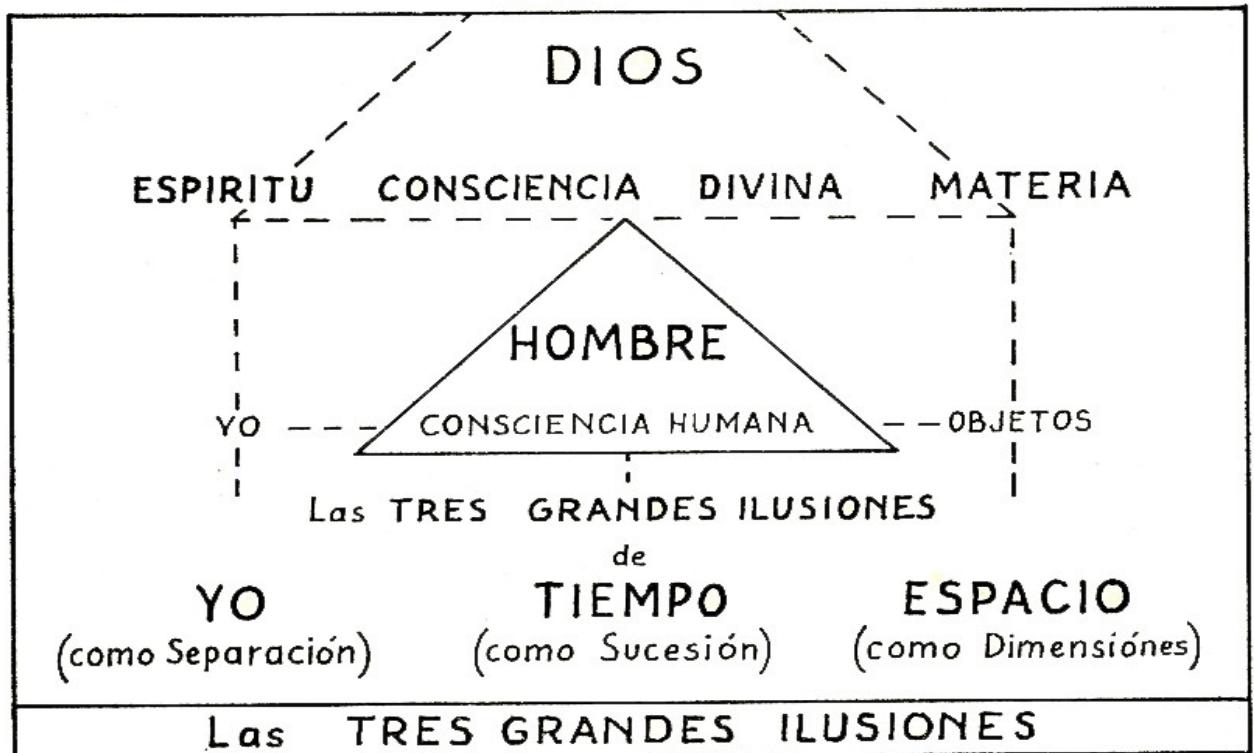


FIG. 8

Cuando la consciencia del hombre funciona a través de sus tres aspectos, cada uno de ellos actúa bajo una respectiva ilusión. Cuando la consciencia se vuelve hacia fuera, para habérselas con las cosas materiales, se ve envuelta en la ilusión de las *Cosas* que existen en el espacio. Como ya hemos visto, las cosas no son siempre lo que parecen ser. Todos los objetos -decimos- tienen extensiones y dimensiones; tienen lo que llamamos forma y tamaño; los consideramos grandes o pequeños, según ocupen mucho o poco lugar en el espacio. Y, sin embargo, el tamaño es cosa relativa, y sólo puede considerarse en términos de comparación con otros objetos. Para un hombre, una bolita con la que juegan los niños es un objeto pequeño, pero a una hormiga debe parecerle bastante grande. La Tierra es inmensa o, por lo menos, así nos lo parece; pero en el Sol podrían colocarse un millón de Tierras, y aún quedaría sitio para alguna más. Luego, comparada con el Sol, nuestra inmensa Tierra, resulta pequeña. Porque ningún objeto, de por sí, es grande ni pequeño; la medida de su magnitud o de su pequeñez depende de quien lo observa o de los otros objetos con que se le compare.

Cuando la conciencia se vuelve hacia el estudio de sí misma, queda presa en la ilusión del *Tiempo*. Observa cómo ocurre una continua sucesión de percepciones, y observa cómo unos sucesos siguen a otros sin cesar. Pero la diversidad de circunstancias puede producir una gran diferencia en nuestras reacciones a una misma medida de tiempo. Un sencillo ejemplo extraído de la experiencia de muchísimo de nosotros se deduce al viejo dicho: “Mientras se vigila al caldero el agua no rompe a hervir”. ¡Y muchísimos de nosotros sabemos que eso es casi verdad!

Cuando la conciencia se vuelve hacia las cosas del Espíritu, la apresa la ilusión del *Yo*. Ve al Yo como si estuviese separado de los demás Yoes. Al principio, confunde al Yo con el cuerpo físico; luego lo identifica con sus vehículos más sutiles. Vencer la ilusión del Yo separado es quizás la tarea más difícil que tenemos que afrontar, y muchas son las etapas de la ilusión que es preciso superar antes de hallar al Verdadero Yo.

Así pues, según lo muestra la [Fig8](#), tres son las grandes ilusiones en que estamos presos y que hemos de vencer: la ilusión del *Espacio* (como dimensiones), la ilusión del *Tiempo* (como sucesión), y la ilusión del Yo (como separación).

CAPITULO V

EL PLAN DE LA VIDA

A la luz de las ideas que acabamos de exponer, el magno plan de vida nos aparece, en su totalidad, como el vencimiento de las tres grandes ilusiones básicas – el *Espacio*, el *Tiempo* y el *Yo*- y, volviendo la vista hacia el pasado, observamos como esa conquista se ha ido desarrollando gradualmente, paso a paso.

↙ REALIDAD ↘			
Los TRES ASPECTOS (LIMITACIONES) de DIOS	ESPIRITU	CONSCIENCIA	MATERIA
DAN LUGAR A LAS TRES GRANDES ILUSIONES	YO como SEPARACION	TIEMPO como SUCESION	ESPACIO como DIMENSIONES
Para vencerlas debemos conocer acerca de..	DIOS	EI PLAN	EI MUNDO
Por medio del estudio de.....	RELIGION	FILOSOFIA	CIENCIA
Que conducen a los tres Senderos de...	DEVOCION	RAZON	CONOCIMIENTO
Esto nos llevará al dominio de la ilusión y obtendremos la iluminación de.....	YO como UNIDAD	TIEMPO como ETERNIDAD	ESPACIO como INFINIDAD
↘ REALIDAD ↙			
Las TRES GRANDES ILUMINACIONES			

FIG. 9

Para vencer la ilusión del *Espacio* (como dimensiones), hemos de llevar adelante nuestros estudios de las múltiples manifestaciones de la materia. La ciencia ha estado procediendo así a lo largo de muchos siglos, y ahora mismo avanza, a grandes pasos hacia el vencimiento de las ilusiones materiales: éste es el sendero del *Conocimiento*. Hemos de aprender a conocer las cosas tales como son, y no contentarnos con creencias basadas en las apariencias. Así aprenderemos a conocer el mundo –y de hecho, la Naturaleza toda- tal como realmente es, y venciendo definitivamente la ilusión del tamaño y las dimensiones llegaremos a tener conciencia del *Espacio* como *Infinidad*.

Para vencer la ilusión del *Tiempo* (como sucesión), hemos de seguir el sendero de la *Razón*, y llegar a la comprensión del Plan de Vida. Esto es lo que han venido haciendo los filósofos a lo largo de las edades y, gracias a sus esfuerzos, la tiranía

del tiempo está siendo dominada, y alcanzamos más y más vislumbres de lo Real, hasta que, por último, descubramos el misterio del Eterno Ahora, alcanzando la conciencia del *Tiempo* como *Eternidad*.

Para vencer la ilusión del *Yo* (como separación), hemos de seguir el Sendero de la *Devoción*. Desde muy remoto pasado, Grandes Instructores han revelado las leyes de la vida espiritual y fundado religiones que tienen por objeto guiar a los hombres a lo largo del camino, desde sus primeros tiempos en la Tierra. Desarrollando en nosotros las cosas del Espíritu y escuchando y cultivando la Voz Divina que habla en nuestro interior, llegaremos al lugar de Iluminación, donde se alcanza la conciencia del *Yo* como *Unidad* y sabremos, por nosotros mismos, que toda vida es *Una*.

Así pues, llegando a conocer el Espacio como Infinitud, el Tiempo como Eternidad, y el Yo como Unidad, y a cada uno de ellos como una faceta de la Realidad Única, la conciencia del hombre se fundirá con la conciencia de Dios, y se habrá completado, con ello. La evolución de la Mónada humana.

LA ILUSIÓN DEL ESPACIO (COMO DIMENSIONES)

Ayuda a la Naturaleza y colabora con ella; y la Naturaleza te considerará como uno de sus creadores y te rendirá acatamiento. Y abrirá ante ti de par en par los pórticos de sus cámaras secretas, y descubrirá ante tu mirada los tesoros ocultos en lo más profundo de su puro seno virginal.

(La Voz del Silencio- H. P. Blavatsky)

CAPITULO I

EL CAMPO DE LA MANIFESTACIÓN

Todas las cosas ocupan espacio, y esto se refiere tanto a nuestros propios cuerpos como a cuantos objetos existen en el mundo. Para entender el Plan de Vida, deberíamos tener alguna idea de dónde estamos. Deberíamos tratar de ver en su verdadera perspectiva, cual es la relación que mantenemos con nuestro medio ambiente formado por espacio y por objetos, y que es realmente ese medio

circundante, por lo menos hasta donde la mente humana ha sido capaz de descubrirlo.

A lo largo de centenares de años según ya lo hemos recordado, los horizontes del conocimiento humano se han ido ampliando, de modo muchas veces lento, pero siempre continuo, y el universo conocido se ha hecho mayor y mayor, hasta el punto de que hoy se nos revela una extensión de lo creado tan grande y espléndida como para ser verdadera inspiración para aquellos capaces de captar aunque sea un mero vislumbre de su insignificancia. Tenemos que expandir nuestra mente, para que sea capaz de abarcar la mayor medida posible de tan soberbia grandeza. Como dijera Francis Bacon:

No ha de reducirse el Universo para encerrarlo dentro de los límites de nuestro entendimiento, como se ha hecho hasta ahora, sino que nuestro entendimiento ha de crecer y extenderse para que pueda abarcar la imagen del Universo según se le va descubriendo.

Bien haríamos en reflexionar profundamente sobre estas palabras de sabiduría, porque cuando emprendemos el estudio de la Tierra en que vivimos, se nos impone el hecho de que esta gran morada nuestra no es sino un fragmento de un vastísimo conjunto, cuyos límites –como sucede con el horizonte cuando ascendemos a una altura- continuamente se alargan más y más ante nuestra mirada incitándonos a un esfuerzo mayor y mayor que nos lleve a alcanzarlos. No podemos esperar que las estupendas maravillas del Plan de Vida se nos revelen en la mezquindad de un mundo de cotidianas trivialidades. No cabe esperar que dentro de las limitaciones de una imaginación encarcelada y encadenada quepa concebir la inmensa vastedad del espacio ni asomarse a sondear sus misteriosas profundidades. Nuestras mentes han de “crecer y extenderse para que puedan abarcar la imagen del Universo según se la va a descubriendo”. Hemos de atrevernos a salir de la comfortable seguridad de lo corriente, de lo cotidiano, para que nuestras mentes echen a volar, con toda libertad, valentía y decisión, hacia las cumbres.

Al esbozar este breve estudio, tendremos que referirnos a tamaños que anonadan a la imaginación, y a distancias que van más allá de toda posibilidad de plena comprensión por la mente humana. Pero el esfuerzo por comprender estas magnitudes, aunque no logre pleno éxito, resultará positivamente valioso en cuanto a preparar a la mente para que pueda apreciar un día la inmensidad del Plan de Vida en toda su incomparable magnificencia.

En la [Fig10](#) hemos representado una concepción del mundo según los babilonios. Para ellos, la Tierra era plana y hueca, y estaba llena de cosas imponentes y hasta aterradoras. Bajo la superficie corrían extraños ríos, nacidos de las aguas del Gran Abismo. Fuentes submarinas, semejantes a surtidores, lanzaban las corrientes hacia arriba, a través de las tierras, hacia los mares. Aún más debajo de todo aquello, se extendía “Sheol”, morada de las almas en ultratumba y lugar de perpetuos tormentos. Si en busca de un escenario más apacible, y hasta risueño, se volvía la mirada hacia lo alto, lo primero que se divisaba era el almacén o depósito de los vientos, situado en las cuatro esquinas de la Tierra. Más arriba hallábanse el aire y las nubes, y los depósitos de lluvia; las nieves y el granizo estaban acomodados en los lugares más convenientes para descargar su contenido sobre la Tierra. Más arriba de todo esto, para morada y premio de los que hubiesen merecido tan empíreos deleites, se extendían los Cielos Superiores, donde reinaba perdurable bienaventuranza. El Sol, por supuesto, era transportado a través de los

cielos durante el día, y en las horas de la noche regresaba a su punto de partida para iluminar de nuevo a la Tierra



FIG. 10

Pero pronto alboreó un nuevo conocimiento. Se desechó la idea de que la “Tierra era plana”. El antiquísimo filósofo griego Thales de Mileto fue el primero en enseñar públicamente que la Tierra era un globo, si bien la imaginaba rígidamente suspendida en el espacio. Más adelante se reconoció que unas pocas “estrellas errantes” eran planetas semejantes a la Tierra. Ptolomeo trató de explicar los movimientos de los cuerpos celestes sugiriendo que giraban en torno de la Tierra, sobre una serie de invisibles esferas de cristal, en moción cíclica, y postuló la teoría de los “epiciclos” a fin de corregir ciertos errores evidentes que presentaba la teoría en su forma primitiva (FIG11A). De este modo se perpetuó la teoría bajo el nombre de “Sistema Ptolomaico”. Durante no menos de catorce siglos persistió esta teoría dominando, con ligeros cambios, el pensamiento occidental, a pesar de que Pitágoras, en el siglo VI antes de Cristo, había declarado que la Tierra giraba alrededor del Sol. Pero en el siglo XVI, Nicolás Copérnico descubrió evidencia indiscutible de que el Sol permanecía estacionario, mientras los planetas, y entre ellos la Tierra, giraban en torno de él. Pero aquella idea nueva contradecía de tal modo la universal evidencia de los sentidos, según la cual el Sol en sí efectuaba su diario recorrido, de este a oeste, a través de los cielos, que durante cincuenta años más el viejo concepto ptolomaico persistió, hasta que Galileo hubo de construir su primer telescopio, bastante primitivo, y escudriñando el cielo a través de sus cristales, obtuvo, con sus propios ojos, la evidencia de la verdad de los argumentos mantenidos por Copérnico. Sólo entonces viniéronse al suelo las viejas teorías y lograron plena aceptación las ideas nuevas (FIG11B). Se notará, observando este diagrama, que entonces se creía que las estrellas giraban alrededor del Sol, porque

sólo después de descubrirse la verdadera naturaleza de las estrellas, al saberse que eran otros tantos soles, fue cuando el Universo se expandió súbitamente ante lamente humana, alcanzando a nuestros ojos una magnitud que antes ni siquiera se soñara.

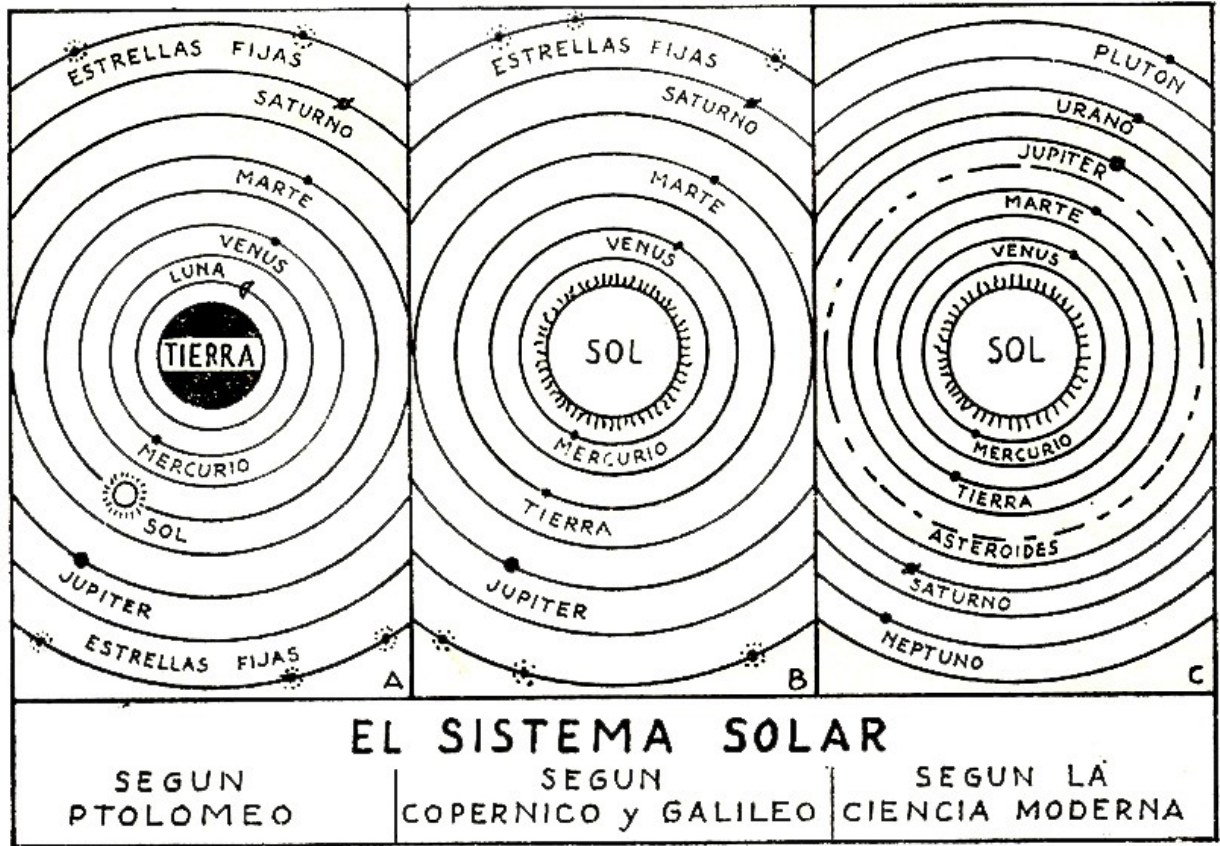


FIG. 11

Ahora sabemos que el Sistema Solar ([FIG11C](#)) incluye nueve planetas con sus respectivos satélites y varios centenares de asteroides, estos últimos pequeños objetos de carácter planetario y de un diámetro de seis a seiscientos kilómetros, que algunos hombres de ciencia consideran como restos de un mundo que se hizo añicos en un remoto pasado.,

El Sol mide 1.391.000 Km. de diámetro y es, el miembro mayor de su sistema y , por supuesto, su señor y gobernante, fuente de calor y de luz para todos sus componentes. La Tierra mide 12.740 Km. de diámetro y, sin embargo, tan grande es el volumen del Sol, que más de un millón de globos del tamaño de la Tierra cabrían dentro del. No menos sorprendente resulta la relativa pequeñez de los demás planetas si se les compara con el Sol, y la inmensidad de las distancias que de éste los separan: La Tierra está a 149.400.000 de Km. del Sol; Plutón, el más lejano de los planetas, a cerca de 5.950.000.000 de Km. Pero estas cifras son tan enormes que la mente no llega a captarlas bien. Reduzcamos, pues, la escala a tamaños representados por cifras que estén más a nuestro alcance.

Supongamos que el Sol estuviese representado por una esfera de 8 cm de diámetro, tal como la que aparece en la [Fig12](#).

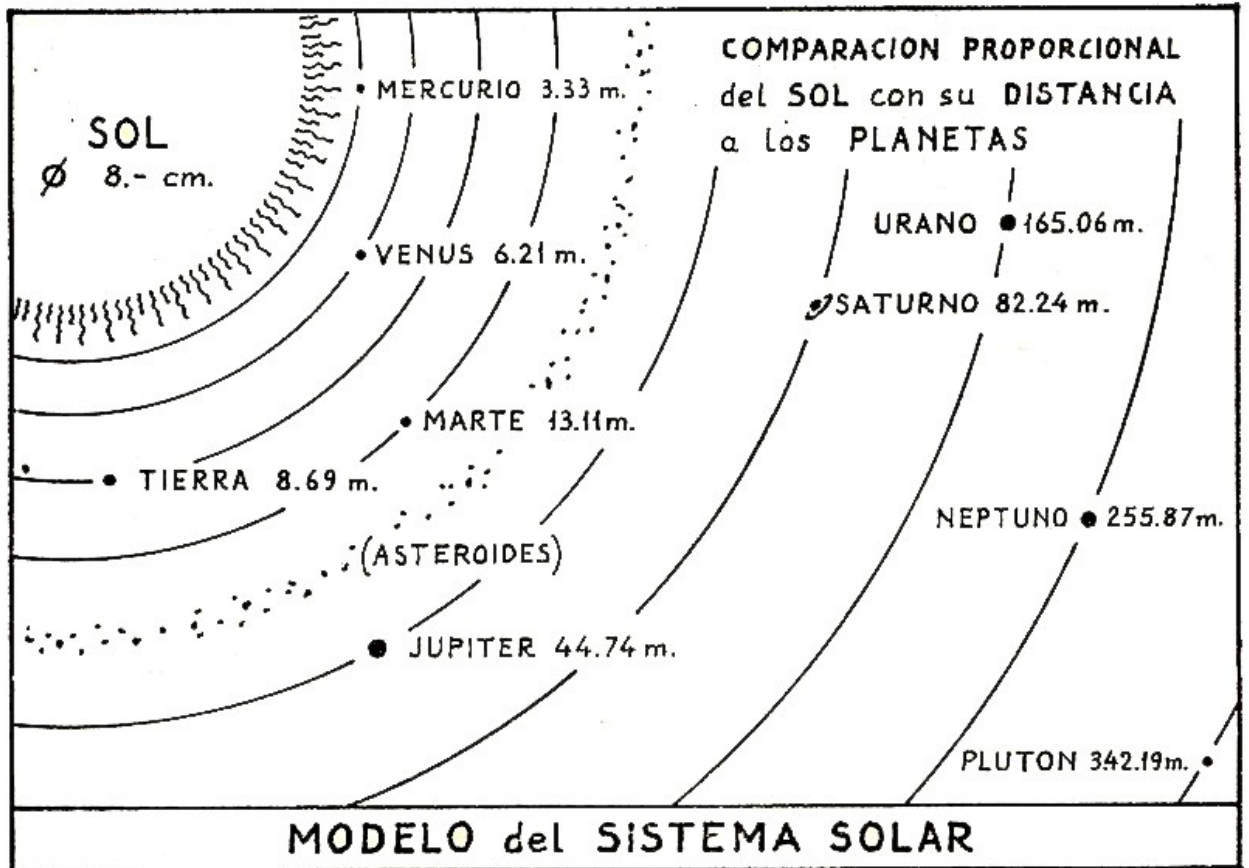


FIG. 12

Entonces reducidos a la misma escala los planetas no serían mayores que los puntitos situados al lado de sus nombres respectivos; y hay que advertir que, en bien de la mente debieran ser. En cuanto a los asteroides, serían totalmente invisibles. En cuanto a las distancias exactas que separan al Sol de los distintos planetas, resulta absolutamente imposible representarlas a esta escala, dado que necesitaríamos trazar una línea que se extendiera a lo largo de más de 650 de estas páginas. Pero imaginemos que nuestra pequeña esfera de 8 centímetros de diámetro –que representa al Sol– estuviese en equilibrio en un espacio vacío; a una distancia de 3,33 metros colocaríamos una cabeza de alfiler, que sería Mercurio; a 6,21 metros, una semilla pequeña, que sería Venus; aún más lejos, a 8,69 metros, otra ligeramente mayor, que representaría a nuestra Tierra; y a 13,11 metros de distancia otra semilla pequeña representaría a Marte. Ahora avanzaremos hasta un punto situado a 44,74 metros, y allí colocaremos un guisante, que será el “gigante” Júpiter; otro algo más pequeño, a 82,24 metros será Saturno; otras dos semillas más habrán de ser situadas, la una a 165,06 metros y la otra a 255,87, para representar a Urano y Neptuno. Luego otra cabeza de alfiler, a no menos de 342,19 metros de la pequeña esfera, para indicar la posición del más remoto de los planetas descubiertos hasta el momento de escribirse este libro, es decir, de Plutón. Hemos alcanzado así los límites externos –siempre según nuestros conocimientos actuales– de este Sistema Solar en miniatura que hemos fabricado. Ahora, con la esfera que imaginativamente es el Sol, en el centro, y Plutón en el punto final del radio, trazaremos un círculo imaginario. ¡Y la totalidad de la materia “sólida” contenida dentro de ese círculo

de 684,38 metros de diámetro se reducirá a una esferita de 8 centímetros, dos guisantes, cinco semillas pequeñas y dos cabeza de alfiler! Aunque deberíamos añadir algo así como la cantidad de polvo fino que pudiéramos asir entre el índice y el pulgar, para representar a los satélites, algunos cometas y los asteroides. Así, la representación sería exacta.

Increíble parece que objetos que llamaremos tan diminutos –por comparación con las distancias que los separan y el espacio en que se hallan esparcidos- como nuestro Sol y sus planetas, formen un sistema completo, con movimientos precisos y regulares, y dominado y regido por fuerzas que emanan de un centro común. Pero no es que sea increíble: *¡es que no es cierto!* Porque esa imagen que nos forjamos, exclusivamente desde el punto de vista material, y cuya complejidad nos asombra, es lamentablemente incompleta, como veremos al pasar a examinar el asunto a la luz de las enseñanzas de la Teosofía.

Pero, aunque en realidad la familia que forma el Sistema Solar, ocupa un espacio, ligeramente elíptico, que mide 11.900 millones de Km. entre sus bordes opuestos, este espacio se sume necesariamente en la insignificancia si lo comparamos con las distancias que ahora pasaremos a considerar.

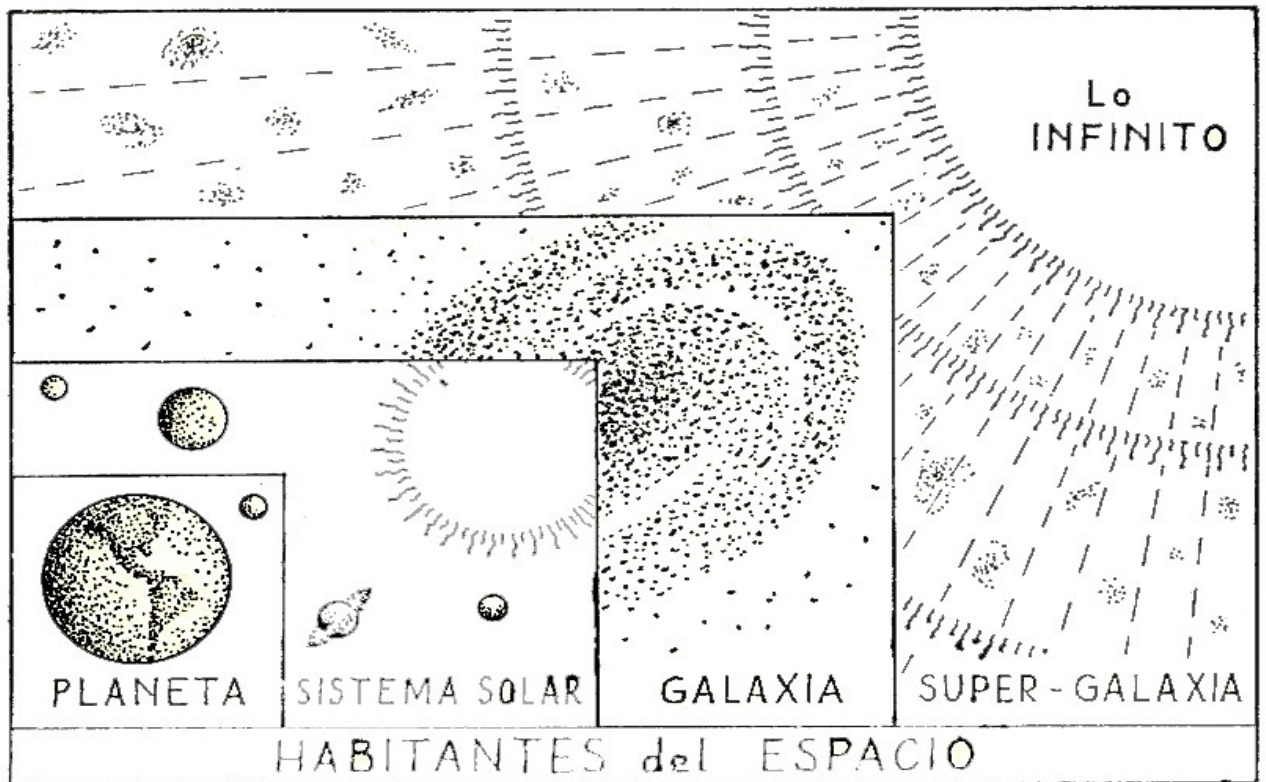


FIG. 13

Examinemos la [Fig13](#). De izquierda a derecha, observamos primero al planeta Tierra, y luego al Sistema Solar. Pero ya sabemos que ese Sol nuestro no es sino una estrella entre otras innumerables estrellas; es un sol entre miles y miles de Soles. Ha llegado el momento de recordar que muchísimas de estas estrellas, las del inmenso grupo a que pertenece nuestro Sol, forman lo que se llama un “universo isla” o una “galaxia”. Y que en la parte del firmamento a que ya alcanza la vista humana, ayudada por potentísimos aparatos, hay muchas galaxias. Al igual que los planetas, las galaxias giran en centro común. Solamente en nuestra galaxia, es decir, la galaxia a la que pertenece nuestro Sol ¡hay no menos de cien mil millones

de estrellas! Y aquí tenemos que dar, con la imaginación, otro paso inmenso, ya que sabemos que los telescopios de alta potencia han observado ya ¡miles de estas galaxias! Y estas no permanecen estacionarias dentro de su movimiento giratorio, ni tampoco se deslizan a la ventura a través del espacio. Por el contrario, ya los astrónomos han obtenido pruebas de que también las galaxias, formando cada una, una unidad, giran en torno de un centro común, para formar lo que podríamos llamar una “supergalaxia”.

¿Qué tamaños y qué distancias corresponden a estas vastedades? Aquí ya hemos dejado muy atrás la etapa en que podían emplearse medidas en kilómetros, porque con ellas sería necesario llegar a un número excesivo de cifras. Por eso, los astrónomos han inventado el “año-luz” para utilizarlo como unidad de medida. El “año-luz” equivale a la distancia recorrida por un rayo de luz durante un año, y ya sabemos que el rayo de luz viaja a la velocidad de 299.800 Km. por segundo. ¡Y la distancia que nos separa de los más remotos cuerpos estelares hasta ahora descubiertos –los quasars- es de ocho a nueve mil millones de años-luz!

Y en medio de esta inmensidad, se yergue el hombre, avanzando ávidamente hacia delante en busca de más y mayores campos que conquistar. Observemos la [Fig14](#).

Físicamente, diremos, el hombre tiene, por término medio, 1,80 metros de alto. Por encima de él aparecen en el diagrama en pasos progresivos, los tamaños y las distancias correspondientes a algunos de los objetos que sus investigaciones han logrado abarcar y que, por lo tanto, entran ya en el campo de sus conocimientos. Con ayuda del diagrama, podemos tratar de visualizar los tamaños que se indican, y que corresponden a la Tierra, al Sol, a las galaxias. Por debajo de la figura del hombre, se indican algunos de los objetos menores que él en tamaño que ya ha observado y medido: la célula sanguínea, el virus, el átomo y el núcleo del átomo.

De la inconcebible pequeñez del núcleo del átomo –que es una millonésima de la millonésima parte de un centímetro- hasta la lejanía y la magnitud, también inconcebibles, de la más distante galaxia que la ciencia ha logrado descubrir en las profundidades del espacio, la mente del hombre, en incesante actividad, ha penetrado para observar y clasificar todo cuanto se pusiera a su alcance. Y, *sin embargo, dentro de ese 1,80 metros de maquinaria viva que él llama su cuerpo, se ocultan misterios a los que no ha dirigido su atención, y que guardan la clave del propósito mismo de su existencia.* Mientras en todo cuanto lo circunda, desde lo infinitesimal hasta lo enorme, desde lo más cercano hasta lo más remoto, el hombre descubre y acata una suprema ley natural que rige al Universo, muy pocos son los que han llegado a comprender y aceptar, a plena conciencia, que esa ley natural también ha de aplicarse invariablemente a las cosas del espíritu, al lento despertar de la Divinidad que vive dentro del hombre mismo. Y, no obstante, ¡esa es la verdad!

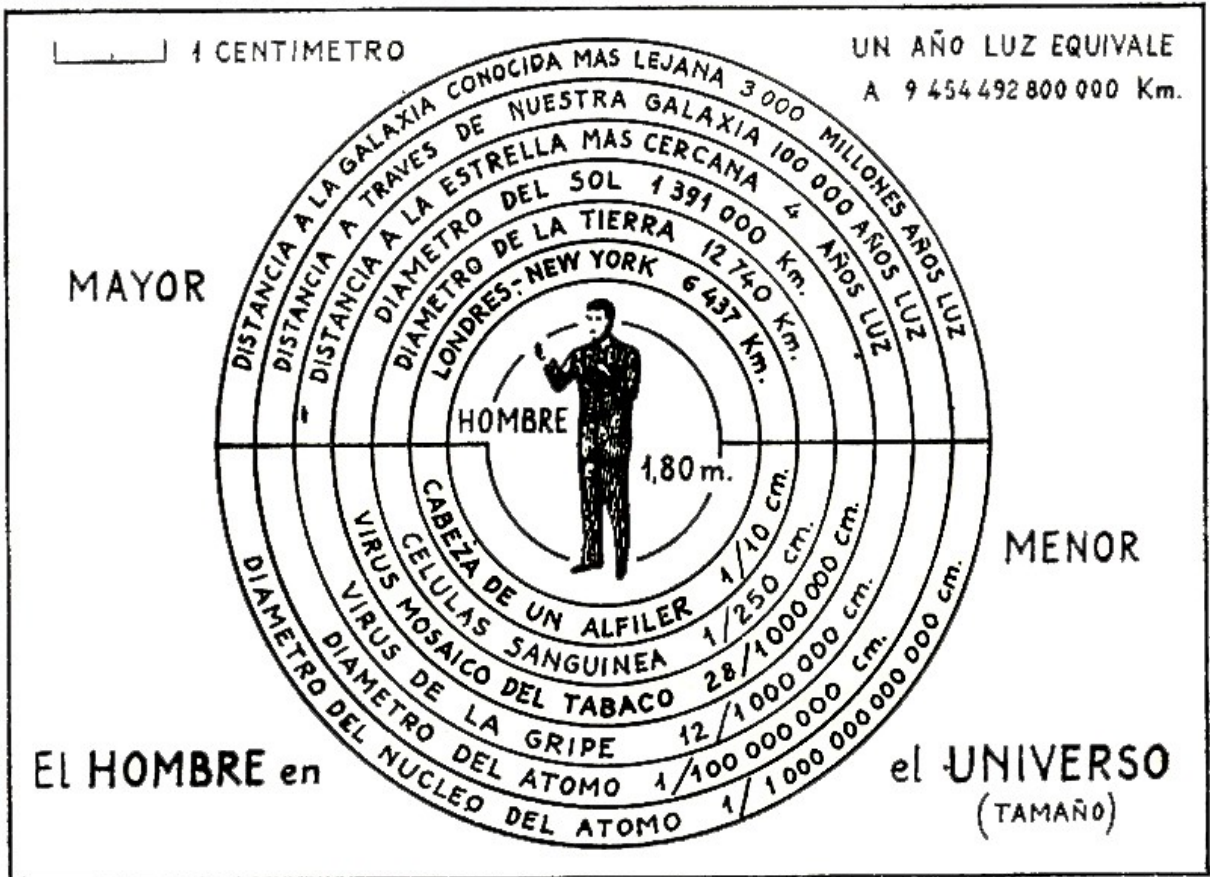


FIG. 14

CAPITULO II

DE LA INFINIDAD A LA HUMANIDAD

Hemos lanzado rápida ojeada sobre el vastísimo anfiteatro de los cielos, logrando leves vislumbres de su ilimitada extensión, y hallando pruebas evidentes de que en todas partes reinan la ley y el orden. Al tratar de visualizar las inmensidades de estructura y de distancia que se nos presentaban, no hemos podido menos de reconocer que el magno y soberbio plan de la existencia posee proporciones tan enormes que van más allá de cuanto podríamos imaginar, sino fuera por los descubrimientos de los astrónomos modernos que, con acuciosa observación y pericia consumada, han llevado sus investigaciones hasta las lejanísimas profundidades del espacio, poniendo a disposición de sus semejantes un conocimiento del cosmos extraordinariamente superior a todo cuanto anteriormente hubiera concebido la mente humana. Además, ya se sabe que las estrellas –soles como nuestro Sol- pasan por ciclos de vida bien definidos: “nacén”, llegan a la madurez y “mueren”. Hay sólidas pruebas que indican que el espacio no está vacío, sino que lo llenan grandes masas de gases y de polvo cósmico, y residuos de soles que perecieron en un lejanísimo pasado, y del cual, en su día, brotarán a la existencia nuevos soles.

Pero, trascendiendo un tanto los límites de la observación directa, si bien basándonos en un razonamiento que puede muy bien admitirse como válido –ya que en torno de nuestro Sol circula toda una familia de planetas-, podemos con toda probabilidad dar por supuesto que esos otros soles existentes en el espacio –o, por lo menos, grandísimo número de ellos-, también tienen, o han tenido durante alguna época de su existencia, planetas que formen su “sistema solar”. Y dado que en nuestro planeta, la Tierra, han nacido todas las innumerables formas de vida que conocemos ¿por qué, en esos otros planetas, o por lo menos, en algunos de ellos y en ciertas épocas de su existencia, no han de haberse producido resultados, por lo menos, aproximadamente análogos? Razonemos: nuestro Sol es un sol corriente, puesto que los hay mayores y menores que él, más viejos y más jóvenes. La Tierra no es, tampoco, más que un planeta corriente, de tamaño mediano dentro del sistema de que forma parte. En todos los cuerpos celestes hasta ahora conocidos existen los mismos elementos químicos, con posibles excepciones de menor cuantía. Hasta donde nos ha sido posible saber, la ley de gravitación rige en todas partes, y la luz es un fenómeno universal. Por lo tanto, no parecen existir condiciones especiales que destaquen a nuestro pequeño planeta para que en él se produzcan resultados únicos ni aún especialísimos. En realidad, lo que sería sorprendente, por muchas razones, es que en otros planetas *no* se hubiesen producido criaturas vivientes. Y, si lo miramos desde este punto de vista, el Cosmos entero nos aparece animado, saturado de vida que rítmicamente late, en toda fase de su ser. Y la evolución se revela a nuestros ojos como un vastísimo movimiento que avanza hacia los más remotos horizontes y hasta las más elevadas alturas, dejando muy atrás los límites en que una mente más estrecha, más atada a los límites de la Tierra, pretenda encerrarla.

Con toda la magnitud que estos conceptos encierran, hasta las limitaciones que pudieran cercarlas se desvanecen cuando entramos a estudiarlos a la luz de la Teosofía. Porque entonces se nos ofrece un concepto magno que, no solamente liga

entre sí las partes hasta ahora halladas por la mente del hombre, formando con ellas un conjunto coherente, sino que la grandeza del plan vislumbrado se transforma de súbito en algo inconmensurablemente más satisfactorio. Al conocimiento hasta ahora logrado, se agrega la revelación del sublime *propósito* que inspira al plan, y de los métodos por los cuales se realizará ese propósito. Se nos abren las puertas para ir más allá de las meras cáscaras de los fenómenos externos, y penetrar en las realidades que palpitan dentro de ellas. Al adentrarnos en este estudio, comenzamos a percibir la existencia de un Cosmos palpitante de vida. En ese Cosmos infinito, no sólo vibra la vida por doquier, sino que una innumerable multitud de seres inteligentes avanza por una escala en incesante ascenso, hasta que nuestra limitada comprensión no alcanza a seguirlos, y los perdemos de vista, lo mismo que la más elevada nota musical se desvanece en el silencio cuando traspasa las fronteras de nuestra capacidad auditiva. Pero, en todo cuanto nuestra percepción alcanza, vemos ley, orden, y actividad animada por un propósito. Vemos un Dios, nuestro Dios, y otros Dioses aún mayores, en ascendente orden de gloria y de poder y, aún más allá de nuestra clara comprensión, llena nuestro ser la íntima seguridad de que, en este Cosmos en que vivimos, *todo va bien*. Aunque aquí abajo el hombre, en sus primeros y vacilantes esfuerzos por despertar los poderes divinos que yacen dormidos dentro de él, haga mal uso de estos poderes a medida que van despertando, porque desconoce los valores que encierran, no obstante, allá en los espacios infinitos aparentemente vacíos, pero en realidad palpitanes de vida, existe, para decirlo con las palabras del Señor Gautama El Buda, “un poder que mueve a rectitud, y sólo sus leyes perduran”.

Ya nos hemos referido, con cierta extensión, al Gran Ser al que llamamos “Dios” –y con frecuencia “el Logos”, en la literatura teosófica–, que es la Inteligencia creadora y rectora de nuestro Sistema Solar; y también hablamos de nuestra relación con Él. Del mismo modo que luego tuvimos que traspasar, con la imaginación, los límites de Su Sistema, para abarcar, hasta donde nos fuera posible, la totalidad de los cuerpos celestes, las galaxias, las supergalaxias, y lo que hay más allá, así debemos ahora avanzar otro paso, para ligar entre sí todas esas manifestaciones materiales y la vida que en ellas palpita, formando con el conjunto un esquema que incluye todo cuanto existe y lo anima de un solo y magnífico propósito. En la Fig. 1 vimos representada la emanación de “la Trinidad en la manifestación”, emanada de la Realidad Inmanifestada. La Fig6 simboliza, en diagrama, la triple naturaleza de nuestra Deidad Solar. Esta última trinidad es una reproducción de la primera, pero a nivel muy inferior. Ahora bien, entre las dos, existen muchas etapas intermedias; pero cuántas son esas etapas, es lo que nadie sabría decir.

La teosofía ha enseñado, desde épocas remotas hasta los tiempos actuales, que la Deidad de nuestro Sistema Solar mantiene, con un ser mucho más elevado, la misma relación que nosotros mantenemos con ella (Fig. 15). A la luz de los conocimientos modernos podemos, con razonable certidumbre, identificar a ese Magno Ser con la Deidad de nuestra Galaxia, a cuyo cargo está la evolución de todos los sistemas solares que forman este “universo-isla”. Y así sucesivamente, en etapas cada vez más amplias, más elevadas, rigen los mismos principios. Tenemos que darnos cuenta, de manera cada vez más clara y vívida que, a través de toda la vastísima escala de la creación, cada paso está regido por una dirección inteligente.

Es lo cierto que en nuestro actual estado de desarrollo, todavía bastante atrasado, no podemos captar plenamente tan elevadísimos conceptos. Pero, mientras más avancemos en el estudio, mayor corroboración hallaremos que las

leyes de la Naturaleza constituyen una unidad, y que los hechos sencillos con los que nos enfrentamos cada día son, en realidad, reflejos de las grandes leyes cósmicas. El tamaño es una ilusión: su aparente realidad y las comparaciones que hacemos entre un objeto y otro, dependen absolutamente del grado de limitación en que está funcionando nuestra conciencia; para otro ser que se halle en distintas condiciones, los valores serían también completamente diferentes. En el primer volumen de *La Doctrina Secreta*, dijo H. P. Blavatsky:

Desde los Dioses hasta los hombres, de los mundos a los átomos, de las estrellas a los relámpagos de calor, del Sol al calor vital del más diminuto ser orgánico, todo el mundo de forma y de existencia no es sino una inmensa cadena cuyos eslabones están todos ligados entre sí. La ley de analogía es la clave primera para el problema del mundo, y aquellos eslabones han de ser estudiados coordinadamente en sus mutuas relaciones ocultas.

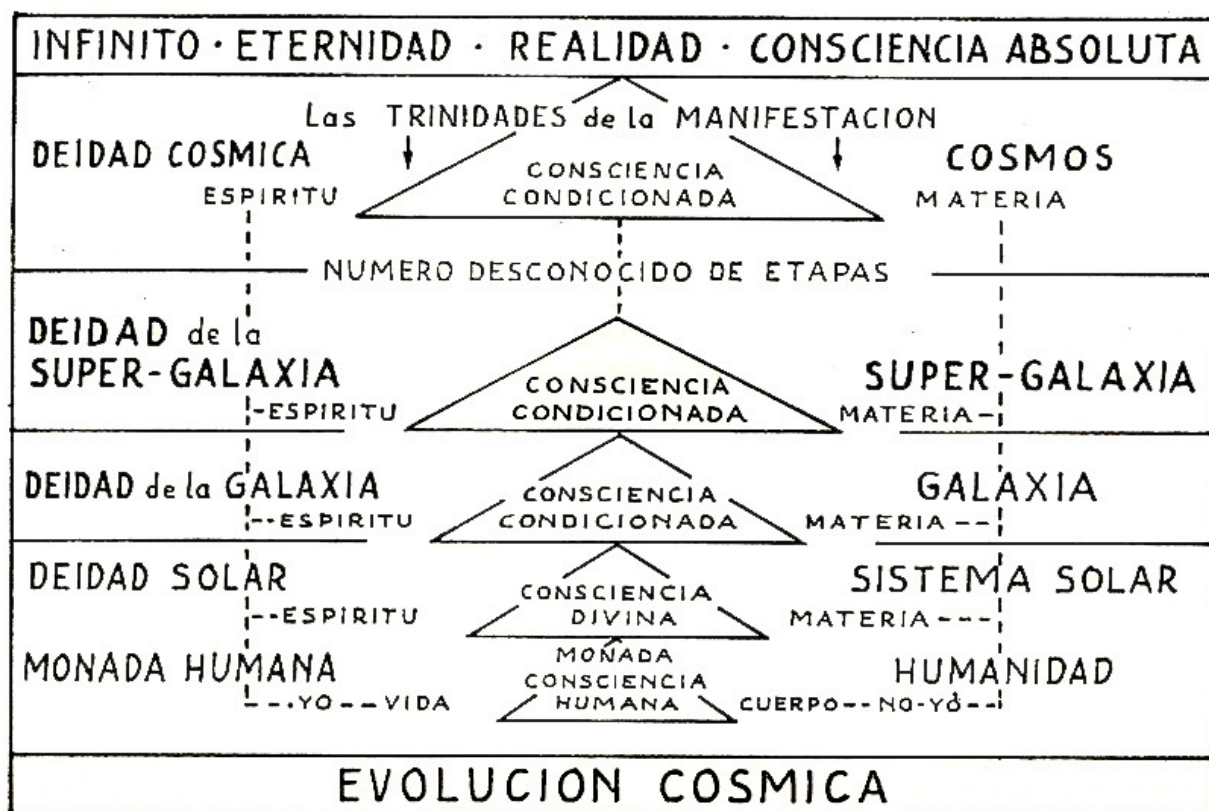


FIG. 15

Muchas de las dificultades con que tropezamos al tratar de entender las relaciones que existen entre el hombre y Dios nacen de una apreciación excesivamente incompleta de la naturaleza de ambos. El hombre lucha y se esfuerza, impulsado hacia adelante por fuerzas que llevan en su interior, pero que no alcanza a comprender. Los caminos de Dios en sus mundos son con frecuencia oscuros, y aquellas misma cosas que al hombre le parecen tan injustas, los dolores que juzga tan inmerecidos y las innumerables frustraciones que lo acosan y que no entiende, pueden ser precisamente los duros pasos del abrupto camino por donde va escalando las alturas que lo llevarán hasta la visión espléndida que le espera en la cima de la montaña. Y, a su vez, Dios —el Logos Solar—, aunque es inconmensurablemente superior a cuanto de El podemos imaginar en nuestros momentos de mayor exaltación, sigue, Él también, Su camino hacia arriba y hacia

delante, para alcanzar, mediante Sus actividades actuales, sublimes cumbres deslumbrantes. Como lo ha dicho C. W. Leadbeater, en *El Credo Cristiano*:

Aunque, en niveles tan extraordinariamente elevados, las diferencias en gloria y en poder no pueden sino significar muy poco para nosotros, sin embargo, podemos darnos cuenta, hasta cierto punto, de la distancia que existe entre los tres Grandes Logos y el Logos de un solo sistema evitando así un error en el que caen continuamente los estudiantes poco cuidadosos. Pero, si bien es cierto que la distancia entre el Absoluto y el Logos de nuestro sistema solar es mayor de lo que nuestra mente puede apreciar, también es igualmente cierto que todas las sublimes cualidades que siempre hemos atribuido a la Deidad, Su amor, sabiduría y poder, Su paciencia y compasión, Su omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia y, junto con ellas muchas más que sobrepasan nuestra imaginación, las posee en grado máximo, nuestro Logos Solar, en quien verdaderamente “vivimos, nos movemos, y tenemos nuestro ser”

CAPITULO III

LA NATURALEZA DE LA MATERIA

Estamos rodeados de cosas materiales. En todas direcciones existen, en casi infinita variedad, objetos de diferentes clases, desde el polvo que oprimimos bajo los pies hasta el Sol, la Luna y las estrellas que contemplamos al levantar los ojos hacia el cielo. Durante muchísimos siglos los hombres se han preguntado cómo surgió a la existencia tan enorme variedad de cosas. ¿Hay algún elemento básico, del cual todas las sustancias sea cual fuere su clase, derivan su existencia? Hace más de mil años, los griegos respondieron que sí a esta pregunta. Un grande hombre de ciencia y filosofo griego, Demócrito, afirmó que si se tomaba cualquier sustancia y se la sometía indefinidamente a un proceso de división y subdivisión, se llegaría al fin a una última partícula que no sería posible dividir, y por eso dio a dicha partícula el nombre de *Átomos*, que significa "indivisible". Demócrito y los pensadores contemporáneos suyos consideraban que el átomo –como nosotros hemos seguido llamándolo- era tan pequeño que resultaba invisible. Además, era incompresible e inmortal; no era posible ni comprimirlo ni destruirlo.

Según Demócrito, existían tres grandes tipos de materia, que mostramos en la [Fig16](#).

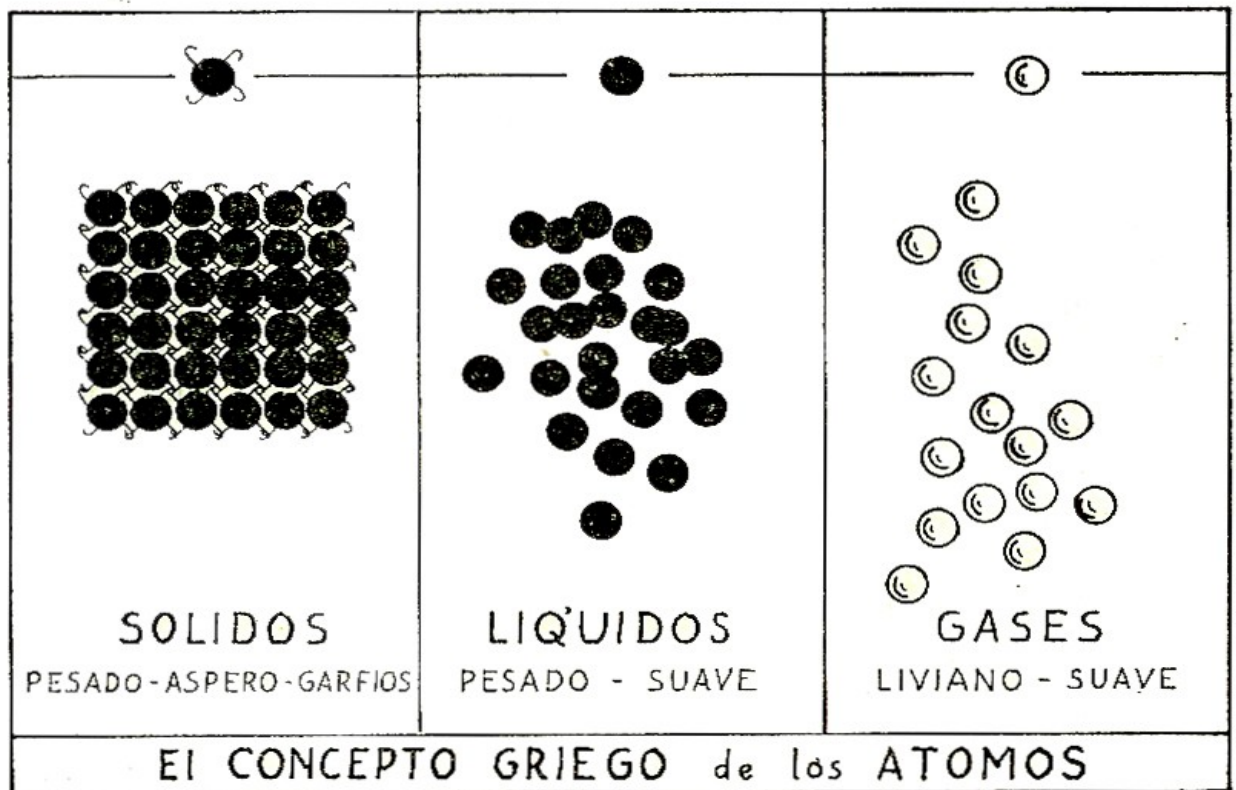


FIG. 16

La materia sólida –pensaba, y la inmensa mayoría de los pensadores de su época concordaban con su opinión – era producida por una combinación de átomos ásperos y pesados. Algunos sugerían que esos átomos presentaban en su superficie una especie de garfios o anfractuosidades que se enganchaban con las correspondientes anfractuosidades de los átomos de su misma especie, y que por eso era necesario ejercer cierta fuerza para romper los objetos formados por sustancias sólidas. Otros átomos eran también pesados, pero de superficie muy lisa, y por lo tanto se deslizaban libremente unos por sobre otros y formaban, por consiguiente, las sustancias líquidas, como el agua, etc. El tercer tipo era el de los átomos muy lisos y, además, muy livianos, que flotaban con gran facilidad en el espacio y formaban el aire y los demás gases.

Los griegos tenían razón en cuanto a la existencia de esa partícula última, pero se equivocaban en cuanto a la naturaleza de dicha partícula. Anteriormente se ha mencionado en este libro la gran revolución ocurrida en el pensamiento científico al alborar el siglo XX. Un eminente hombre de ciencia del siglo XIX había declarado, en las últimas décadas de esa centuria, que era probable que ya se hubiesen descubierto todas las leyes importantes en el campo de la física, y que poco quedaría ya por hacer, fuera de repetir experimentos ya realizados anteriormente, y agregar algunos detalles, algunos puntos sutiles, a los hechos ya bien sólidamente establecidos, ¡Cuán equivocado estaba! La magnitud de su error se hizo evidente, del modo más dramáticamente súbito, cuando, aún antes de que aquel mismo siglo terminara, realizáronse nuevos descubrimientos sobre la naturaleza de la materia que destruyeron casi totalmente los viejos conceptos mecanicista, y alboró una nueva era en la cual la mente humana ascendió rápidamente a nuevas cumbres de logros y de perspectivas.

Se sigue considerando hoy al átomo como el elemento primario para la construcción de todas las sustancias. Pero se ha descartado por completo la idea de un átomo sólido, ya que ahora se sabe que el átomo está formado, casi totalmente, de “espacio vacío”. Tan abstruso allegado a ser el conocimiento del átomo que hoy tiene la ciencia, que ningún diagrama puede representar correctamente su estructura; los hombres de ciencia tienen, pues, que recurrir para ello a ecuaciones matemáticas. En la [Fig17](#) aparecen dibujos que pueden ayudar al profano a hacerse una idea de la estructura de dos de los átomos más sencillos, y de la molécula y la unidad celular que respectivamente forman. Se afirma que, básicamente, todos los átomos consisten en un núcleo central en torno del cual giran uno o más electrones, en órbitas circulares o elípticas, y a enormes velocidades. La [Fig17](#) muestra en una de sus partes, el átomo de hidrógeno, que es el más sencillo de todos, ya que sólo tiene un electrón, en tanto que otros cuentan hasta con un centenar de ellos o un poquito más. Los átomos más complicados tienen varias órbitas de electrones, y del número de electrones situados en las órbitas más externas depende la posibilidad de que un átomo se combine con otros para formar un compuesto. La [Fig17](#) muestra también un átomo de oxígeno, que tiene ocho electrones: dos en la órbita interna y seis en la externa. Dado que el número total de electrones en la segunda órbita de cualquier átomo es de ocho, y todo átomo parece empeñarse en “regularizar” su órbita externa agregándole electrones o perdiéndolos, el átomo de oxígeno se unirá fácilmente con dos átomos de hidrógeno, según lo muestra la misma [Fig17](#). Cuando esto ocurre, ambos átomos pierden sus características originales y emprenden una nueva vida: en este

caso particular, se convierten en una molécula de agua. Y sextillones de semejantes moléculas formarán una gotita del precioso líquido. ¡Y un sextillón es una unidad seguida de veintiuna cifras!

Los átomos agrupados en estructuras bien definidas forman moléculas. Esta regla se aplica a los cristales, y en esa misma [Fig17](#) hemos presentado la disposición de los átomos en un cristal de sal de piedra: catorce átomos de sodio y trece de cloro se unen firmemente para formar un cristal, las líneas del dibujo indican la dirección de las fuerzas que los mantienen unidos.

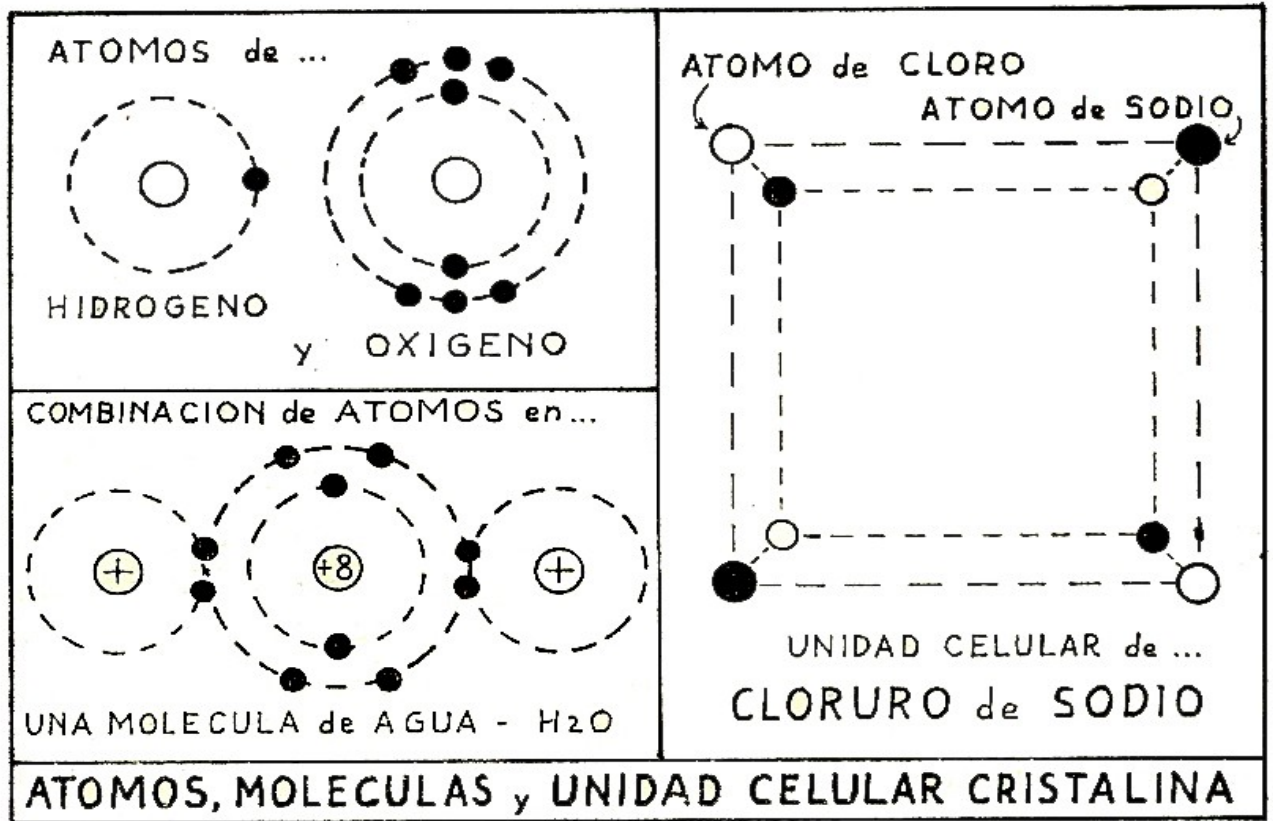


FIG. 17

Un vislumbre fascinante del modo cómo la Naturaleza construye formas geométricas por medio de ondas sonoras se nos ofrece en la "Placa de Sonido de Chadni", que aparece en la [FIG18A](#). Se trata de una placa de bronce duro, montada sobre un soporte adecuado para proporcionarle rigidez, y sobre la cual se esparce un poco de arena. Cuando se hace que un arco de violín roce, de arriba hacia abajo, el borde de la placa, prodúcese una nota musical; al mismo tiempo la arena formará sobre la superficie de aquella un diseño geométrico bien definido y, a veces, bastante complejo ([FIG18B](#)). El cambio de tono del sonido destruirá el diseño primeramente formado y creará otro nuevo ([FIG18C](#)).

Estos pocos ejemplos, a pesar de su sencillez, servirán para demostrar que las cosas más "sencillas" que empleamos en la vida cotidiana no tienen, en realidad, nada de sencillas. A veces, cuando se le presente la oportunidad, inclínese usted y recoja un puñado de tierra —de tierra de la más corriente—, y mírela con cuidado, y diríamos, hasta con reverencia, porque jamás tendrá usted en sus manos nada más asombrosamente maravilloso. Todo el oro y la plata y el cobre, todas las piedras preciosas, todas las maravillas arquitectónicas del mundo lo mismo que sus maravillas mecánicas, todo ha surgido de las profundidades de la Madre Tierra

que simboliza esa porción minúscula que oprime en el puño; todo ha brotado de ella, en la más asombrosa sucesión de milagros. Si pudiéramos penetrar a fondo en la estructura de una motita de polvo, acaso quedaríamos arrobados ante las inmensas maravillas que se revelarían a nuestros ojos sorprendidos. No solamente nos maravillarían el orden y la perfección del concierto allí reinantes, sino que dentro del núcleo, en el corazón mismo del átomo, hallaríamos esa enorme fuerza que ya la ciencia ha descubierto, esa incomparable fuerza que ya ha cambiado el curso de la historia y que, de no ser siempre sometida a recto dominio, sería capaz de destruir a la humanidad entera.

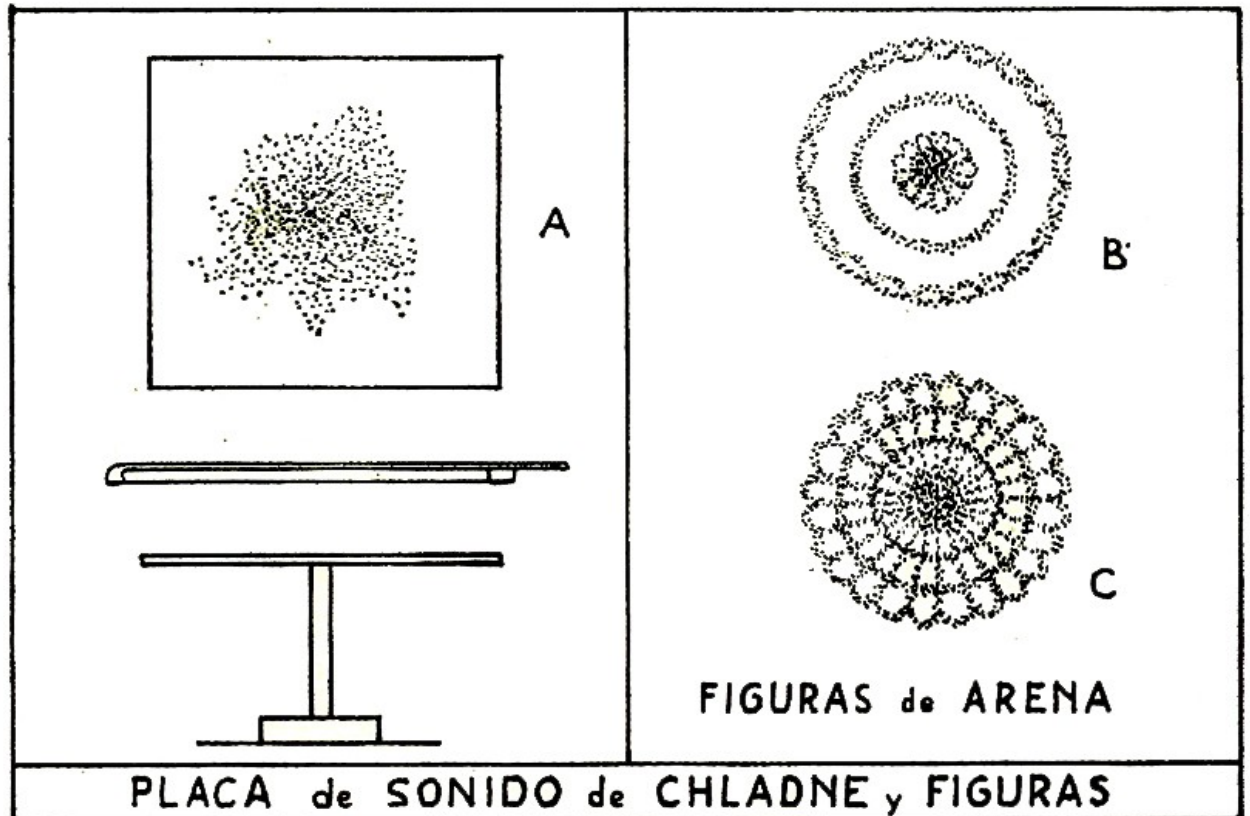


FIG. 18

Así vemos, pues, que todo objeto material puede ser reducido a cristal, a molécula o átomo. Tengamos siempre en cuenta, sin embargo, que los dibujos aquí reproducidos no se componen sino de unas pocas líneas, rectas y curvas, y que no pueden representar las realidades de la materia sino en la misma forma esquemática, muy lejana de su magnífica complejidad, con que unos cuantos signos musicales trazados sobre el papel representan la realidad de la más majestuosa sinfonía. Pero hay aún algo más que esta imposibilidad de expresar realidades por medio de meros símbolos. Ya hemos indicado que el electrón es de tal naturaleza que con igual verdad puede considerársele como una partícula o como un sistema de ondas. En realidad, es algo que incluye ambas formas. Y los electrones, los átomos y las moléculas producen lo que podríamos llamar diseños de ondas, hasta el punto de que podríamos decir, con un autor que ha tratado del asunto: "La mejor descripción de la materia es ésta: ¡un ritmo incesante!".

Vemos, pues, que los hombres de ciencia, al escudriñar muy a fondo la naturaleza de la materia, han descubierto que, en esencia, no es sino *un sistema de ondas*. Y ello apoya la idea, ya anteriormente esbozada, de que el mundo tal como

lo conocemos, con todas sus incontables variaciones de sonido y color con sus bosques, ríos y montañas, con la fragancia de sus flores, con todo cuanto vemos y tocamos, “todo cuanto reluce en los cielos y cuanto llena la tierra”, no es sino la reacción de nuestra conciencia a esas miríadas y miríadas de ondas. La claridad, la tangibilidad, la “realidad” de las imágenes que forjamos son reflejos de la verdadera REALIDAD que existe en la Consciencia Divina. Y todo esto es posible porque somos hechos “a Su imagen y semejanza” y, desde ahora, desde tan lejos, ya estamos aprendiendo a crear.

Al tomar conciencia de este hecho enorme, nos damos cuenta de que cada nuevo vislumbre de las leyes naturales, cada hecho nuevo que descubramos acerca del mundo, nos lleva más cerca de Lo Real. No vivimos ya en un mundo de materia inanimada, sino en medio y dentro de algo vivo, rebosante de vitalidad, y donde late incesantemente la animadora vida de Dios, desde los magníficos planetas que recorren a enormes velocidades el espacio hasta la imperceptible pequeñez de los átomos y moléculas que forman todo cuanto existe. Aunque todo cuanto percibimos es ilusión porque es incompleto, porque no es más que mera sombra del mundo que algún día llegaremos a conocer-, cada avance hacia lo todavía desconocido, por minúsculo que sea, nos hace avanzar un paso hacia el triunfo de la realización final.

CAPITULO IV

LO FÍSICO Y LO SUPERFÍSICO

Debemos prepararnos ahora para expandir nuestro mundo una vez más, ya que ahora traspasaremos los límites de la percepción sensoria normal. Sabemos que en nuestro cuerpo hay regiones donde se hallan localizadas células receptoras especializadas, que se agrupan en cinco grandes categorías, que son:

- | | |
|---------------|-------------------------|
| 1. Visual | El sentido de la Vista. |
| 2. Auditiva | El sentido del Oído. |
| 3. Olfatoria. | El sentido del Olfato. |
| 4. Gustativa. | El sentido del Gusto. |
| 5. Táctil. | El sentido del Tacto. |

Han sido llamados “las ventanas del alma”, porque cada uno de ellos es como una apertura a través de la cual el hombre espiritual percibe el mundo material. A través de esas áreas especializadas –los órganos de los sentidos- que responden a los estímulos que desde el exterior los afectan, avívase la conciencia y surgen en la mente imágenes visuales o de otro género. Pero sólo una parte secundaria del conocimiento que el hombre ha logrado ha sido obtenida por medio de los sentidos sin la ayuda de algún aparato suplementario. Porque, sensorialmente, nos hallamos, de muchas maneras, en situación de inferioridad frente a los animales. Hay insectos, aves y mamíferos que ven más que el hombre, que oyen mejor que él, y que poseen un sentido del olfato mucho más vivo y sutil que el humano. Nuestra respuesta sensorial al medio ambiente se halla muy lejos de ser completa.

En la [Fig19](#) queda gráficamente presentado este hecho. Aquí se indican aproximadamente setenta “octavas” de vibraciones u ondas. Si se hace vibrar una varilla, o cualquier otro objeto, a un ritmo de dos oscilaciones por segundo, prodúcese la primera octava; cada vez que el ritmo se duplica en aceleración – cuatro, ocho, dieciséis, etc., veces por segundo- tenemos una octava más. Cuando se llega a la quinta octava, con una frecuencia de treinta y dos vibraciones por segundo y una longitud de onda de diez metros con sesenta y tres cms. (10,63 m.) se oye un sonido muy bajo. A medida que se aumenta la frecuencia y disminuye la longitud de onda va ascendiendo el tono del sonido. Cuando se alcance la decimoquinta octava, con un ritmo de vibración de 32,768 por segundo y una longitud de onda de diez mm., el sonido se extinguirá para nosotros. Pero no porque haya dejado de existir; las ondas sonoras continuarán batiendo el tímpano humano lo mismo que antes, pero ese órgano ya no será capaz de transmitir el mensaje a la conciencia, porque esas ondas han traspasado el límite a que el órgano puede responder. Están en la región “ultrasónica”. Y puede comprobarse hasta que punto son reales dichas ondas, no solamente por el hecho de que algunos animales las oyen, sino porque el hombre mismo, con ayuda de ciertos aparatos, las utiliza para diversos fines. ¡Con ellas podemos hervir agua, perforar cristales, limpiar partes minúsculas de ciertas máquinas, taladrar dientes, cortar diamantes

y matar bacterias! Como lo muestra la [Fig19](#), a través de estas regiones ultrasónicas, que son ondas producidas en el aire o en algún otro medio más denso, llegamos a cincuenta octavas de radiaciones electromagnéticas, conocidas sólo indirectamente, y las ondas se hacen progresivamente más cortas hasta que llegamos a la octava cuarenta y nueve. Aquí son nuestros ojos los que responden, y comenzamos a “ver”. Hemos entrado en la región de la luz visible; sus ondas van decreciendo en longitud, de setenta y ocho millonésimas de centímetro (0,000078 cm.) a treinta y ocho millonésimas de centímetro (0,000038 cm.), desde los rayos rojos y pasando por los anaranjados, amarillos, verdes, azules e índigo, hasta llegar a los rayos violeta, que marcan el límite de la visión humana, más allá de los cuales los ojos del hombre no reaccionarán. Pero la cámara fotográfica si podrá ver allí donde nuestros ojos son ciegos.

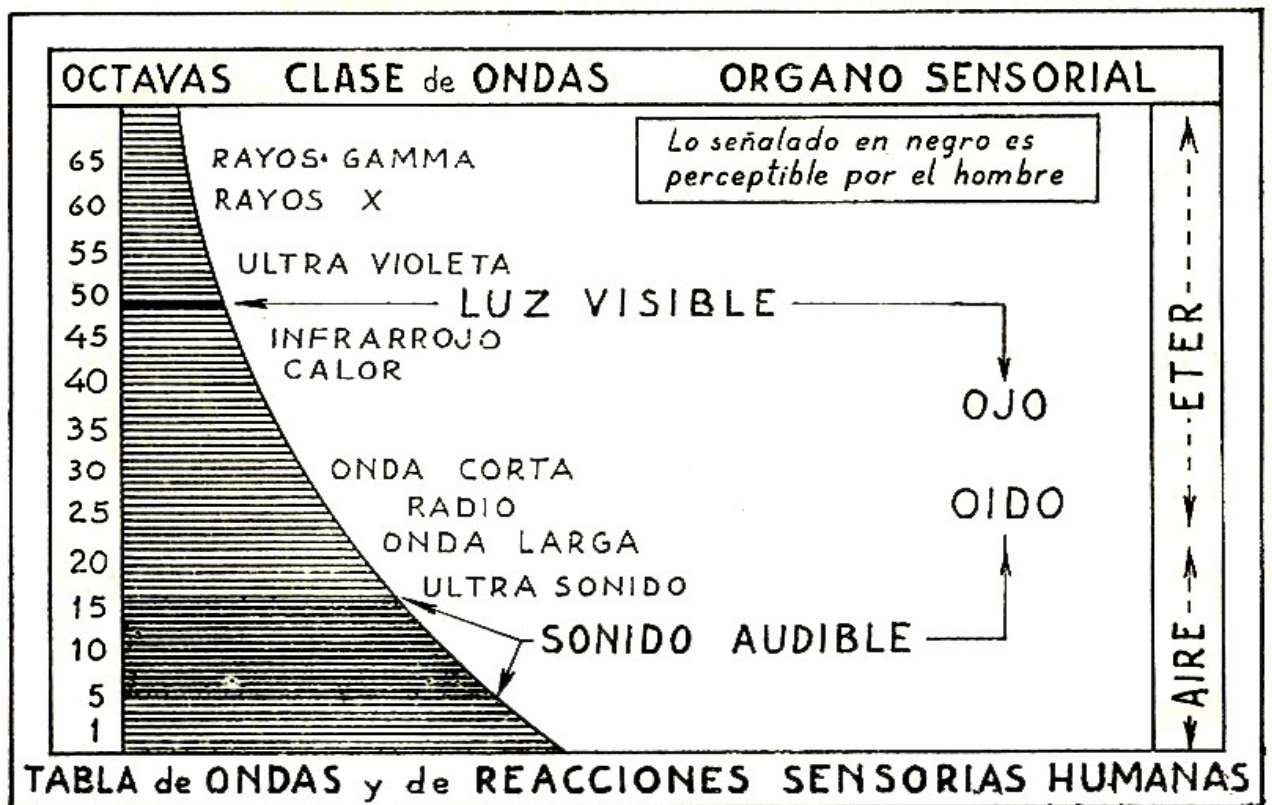


FIG. 19

La [Fig20](#) muestra dos copias de dos fotografías de la misma hoja de papel. A la izquierda, muchas rayas hechas con tinta han tachado por completo el texto primitivo, trazado a lápiz; el pedazo de papel aparece exactamente tal como podría observarse a simple vista. Pero a la derecha aparece una copia de ese mismo texto, tomada fotográficamente también, pero usando una película especial, con luz infrarroja, que para nosotros equivaldría a la tiniebla completa. Y así se revela claramente lo escrito primero a lápiz, en tanto que han desaparecido totalmente las marcas que antes lo ocultaban. Empleando este procedimiento, pueden hacérsenos visibles, en fotografías tomadas mediante rayos ultravioleta, muchísimos objetos que a la luz corriente nuestros ojos no son capaces de ver.

En vista de estos hechos, también resulta asombroso observar que, en tanto que de unas veinte octavas de ondas que tiene el aire como medio normal de trasmisión, unas son registradas por nuestro sentido del oído; en cambio, de unas

cincuenta o más octavas de ondas electromagnéticas, *solamente una octava –la que corresponde a la luz visible- es conocida directamente por el hombre.* De las demás, sólo sabemos mediante el uso de métodos indirectos, tales como la observación de sus efectos sobre ciertos objetos. Y sabiendo cuán grande es la parte que desempeña el sentido de la vista en la elaboración de las imágenes mentales que nos hacemos del mundo que nos rodea, apenas nos es posible evitar que nuestra imaginación se lance a pensar en las incontables maravillas que podríamos contemplar con sólo que nuestras percepciones sensoriales se extendiesen hasta abarcar toda la escala de radiaciones electromagnéticas hoy conocidas y aún las todavía desconocidas.

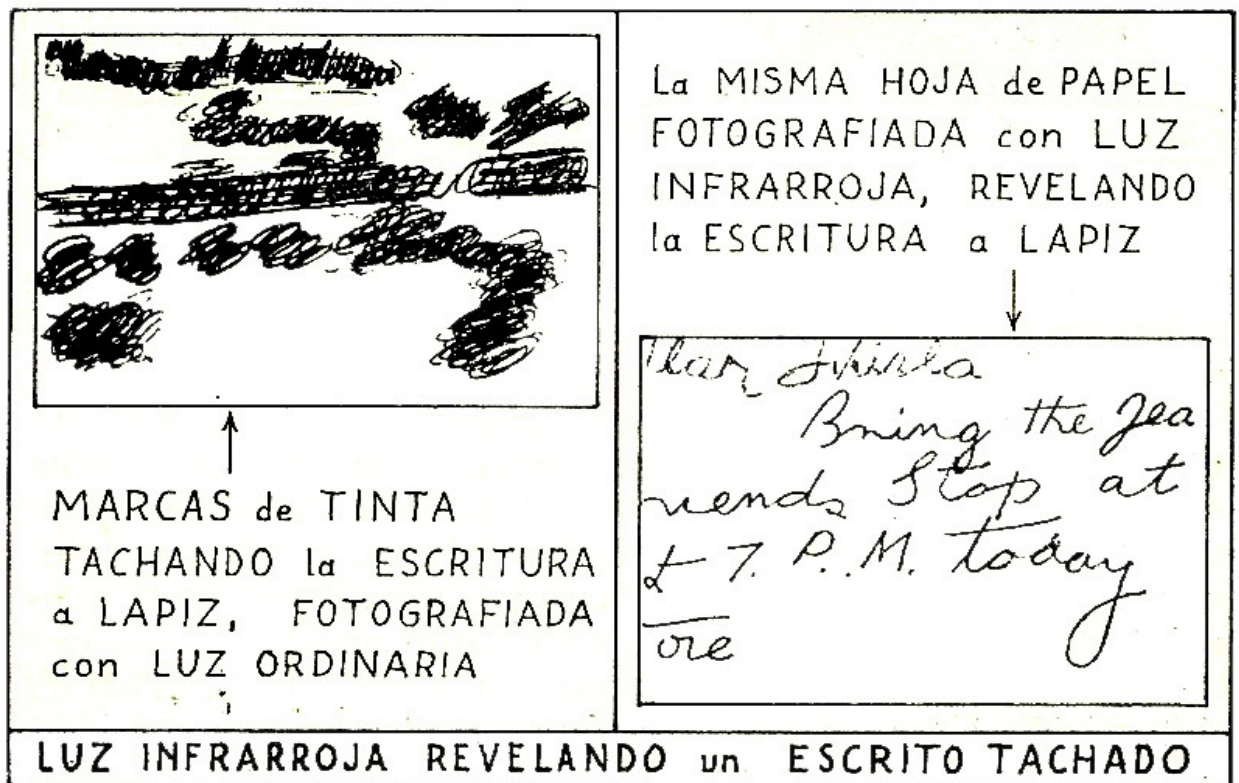


FIG. 20

El estudio de los órganos sensoriales nos revela gran cantidad de hechos interesantes, como podemos ver en la [Fig21](#). Nuestro sentido del tacto se relaciona principalmente con la materia en su estado sólido: exige contacto directo con el objeto. El sentido del gusto sólo funciona al contacto con la materia en su estado líquido. La percepción de algo por medio del sentido del olfato exige que ese algo se halle en estado gaseoso; no es necesario el contacto directo si el objeto en cuestión produce una emanación gaseosa de suficiente intensidad. Estos tres sentidos, que funcionan en relación con los estados sólidos, líquidos y gaseosos de la materia física, tienen la mayor importancia para nuestro cuerpo físico. Gracias a ellos, el hombre, durante su etapa primitiva, podía saber si las sustancias que iban a ingerir eran comestibles o si el aire estaba libre de gases nocivos que pusieran en peligro su vida. Por ellos supo también de las diferencias de temperatura, y aprendió muchas cosas acerca de las diversas sustancias que le eran necesarias para satisfacer sus necesidades físicas. Aún hoy en día, tienen altísima importancia para nuestro bienestar, aunque ya no estemos obligados a depender de ellos tanto

como antaño. Pero cuando pasamos a examinar el sentido del oído, se nos presenta algo que va más allá de nuestro bienestar material: nuestra capacidad de oír se ha desarrollado en estrecha coordinación con el poder de producir sonidos regulados, y esos sonidos regulados han llegado a convertirse en sistemas asombrosamente complejos de lenguaje articulado que ahora empleamos para comunicación mutua entre seres humanos. Por este medio, hemos echado abajo algunas de las barreras aparentemente insuperables que tienen que haber existido antes de que el hombre desarrollara su capacidad de hablar. Ahora nos es posible intercambiar con otros seres humanos hasta nuestro más profundos pensamientos y sentimientos que, a falta de lenguaje, habrían permanecido para siempre ocultos tras impenetrables muros de silencioso aislamiento; para ello no se necesita contacto directo, ni siquiera en los últimos tiempos, proximidad física, ya que se han inventado los medios necesarios para que podamos percibir sonidos producidos a grandísima distancia de nosotros.

ATOMICO	MEDIOS de PERCEPCION EXTRA SENSORIAL	LOS ORGANOS DE LOS SENTIDOS ESTAN LIGADOS PARTICULARMENTE A: EL ALMA (EGO)
SUB ATOMICO		
SUPER ETERICO		
ETERICO	VISION	
GASEOSO	AUDICION OLFATO	La MENTE
LIQUIDO	GUSTO	EL CUERPO FISICO
SOLIDO	TACTO	
Los SIETE ESTADOS de la MATERIA FISICA		

• FIG. 21

La luz, según la ciencia, es o una onda que se trasmite gracias a un medio no material, o bien una sucesión de partículas de energía a las que se ha dado el nombre de "fotones". En tanto que los tres primeros sentidos funcionan principalmente –según acabamos de recordar– para beneficio del cuerpo físico, y el cuarto, y el del oído, además de esa función primaria, ha contribuido al desarrollo de la mente, cuando pasamos a considerar el sentido de la vista observamos que extiende su alcance a campos aún más elevados, ya que contribuye al bienestar espiritual del hombre. ¿Quién no se ha deleitado con los siempre cambiantes encantos y encantamientos de la Naturaleza, con las bellezas exquisitas o los espectáculos grandiosos que día a día nos ofrece? Gracias al sentido de la vista, podemos hasta trascender las fronteras de nuestra Tierra y ascender, libres de

todo obstáculo, hasta perdernos en la contemplación de las hermosuras y grandezas sublimes del empyreo.

Por consiguiente, puede observarse que, a medida que avanzamos de los estados más densos de la materia física a aquellos de más fina y delicada estructura, gracias al uso de “las ventanas del alma” que la Naturaleza ha elaborado para nosotros con tanta destreza, trascendemos gradualmente las limitaciones del mundo físico para entrar en contacto con percepciones, facultades y perspectivas que lo trascienden. Deberíamos darnos cuenta, con toda claridad, que las funciones del cuerpo físico no se limitan a satisfacer sus propias necesidades concretas, sino que la vista y el oído pueden llevarnos, y efectivamente nos llevan, a pasar por incontables experiencias que elevan la mente y el alma.

Según el concepto teosófico, la luz es un movimiento ondulatorio dentro de aquello a que se llama “el éter”, es decir un estado de materia más rarificado que los gases. El éter es una sustancia cuya naturaleza hace de ella el medio normal de transmisión de las rapidísimas oscilaciones de las ondas lumínicas. Hemos de reconocer, sin embargo, que este concepto de la luz no concuerda con los experimentos efectuados por hombres de ciencia como Michelson y Morley, ni con la teoría de la Relatividad formulada Einstein. Y es posible que, de una parte y de otra, sea necesario realizar ulteriores investigaciones antes de llegar a un acuerdo. Pero, aún más allá del éter, la enseñanza teosófica afirma que existen otros tres estados de materia física aún más sutiles, a los que da los nombres “superetéreo”, “subatómico” y “atómico”, por orden de sutileza. A medida que el hombre avance para adentrarse en el futuro, ascendiendo por el sendero de su evolución física, mental y espiritual, las fuerzas superiores naturalmente asociadas con esos estados de materia más sutiles se le harán más activamente evidentes, y el ser humano desarrollará nuevos órganos sensoriales –nuevas “ventanas del alma”- que lo pondrán conscientemente en contacto con aquellas fuerzas, lo cual desarrollará en enormes proporciones su conocimiento y comprensión del mundo físico. En suma, la Teosofía afirma que existen siete estados –y no tres- de materia física; que, para ponernos en contacto con ellos ya hemos desarrollado cinco sentidos o áreas de percepción especial, y que desarrollaremos otros más durante el curso de nuestra evolución, lo cual no dotará de lo que ahora se llama “percepción extrasensorial”.

Hasta aquí, sólo hemos considerado en el presente estudio lo que constituye, en realidad, siete *subestados* de una sola clase de materia, a la que llamamos “física”. Pero ya debería habérsenos hecho evidente que jamás debemos poner límite definitivo a la extensión del tema que estudiemos. Lo que desconocemos de la Naturaleza es tan enorme que acaso tengamos que extender nuestro conocimiento hasta lo infinito antes de llegar al “fin”... ¡si es que hay algún fin! Al referirnos a las siete subdivisiones de la materia física, hemos mencionado los medios transmisores gracias a los cuales se perciben las diversas clases de fuerzas físicas. Pero en torno de nosotros existen fuerzas que trascienden, y con mucho, los límites de la expresión física. El hombre es mucho más que un cuerpo físico vitalizado: expresa las fuerzas de la emoción y de los sentimientos de diversas clases; puede crear dentro de sí mismo esas fuerzas, y también le afectan cuando proceden de otros seres. Y esto no le llega solamente a través de las palabras, porque el amor o la cólera, por ejemplo pueden *sentirse* directamente, más allá de la captación de los conceptos mentales de alguien que nos dice que nos ama o que está enojado con nosotros. Así pues, la emoción es una *fuerza* y como tal, necesita y posee, una sustancia especializada para su transmisión. Esta sustancia es llamada “astral” o “emocional”, en las enseñanzas teosóficas, y aparece en la [Fig22](#), ocupando el lugar

que se le asigna entre los siete estados fundamentales de la materia que postula dicha enseñanza superior a la de la emoción, y es el poder del pensamiento, al que se aplican igualmente los conceptos anteriores: un individuo que piensa clara y fuertemente nos estimula mentalmente con su presencia, y cuando nos hallamos en estrecha proximidad con una persona así, nos damos cuenta que podemos pensar con mayor claridad.. Y sucede esto, porque existe una sustancia “mental” que trasmite las ondas de pensamiento de una persona a otra: esta sensibilidad es muchísimo más fuerte de lo que ahora nos damos cuenta.

DIVINO	MANIFESTACION DIVINA		TODOS SE INTERPENETRAN
MONADICO	MANIFESTACION MONADICA		
ATMICO	VOLUNTAD	ESPIRITUALIDAD	
BUDDHICO	AMOR	INTUICION	
MENTAL	CONOCIMIENTO PENSAMIENTO	SINTESIS ANALISIS	
ASTRAL	EMOCION	SENTIMIENTO	
FISICO	ACCION	SENSACION	
Los SIETE ESTADOS FUNDAMENTALES de la MATERIA			

FIG. 22

El Amor y la Voluntad son, asimismo, fuerzas; y fuerza de un poder extraordinario, que desempeñan continuamente parte importantísima en nuestra vida cotidiana. La [Fig22](#) indica todos estos diversos estados de materia. Pero aunque, en bien de la claridad, están representados -uno sobre otro en orden de densidad, debe tenerse continuamente presente que, en realidad, todos se interpenetran. Y también que cada uno tiene sus siete subestados, lo mismo que existen, según ya lo detallamos, en la materia física. Dado que toda materia, esa del tipo que sea, es en realidad un movimiento ondulatorio que afecta –o no- a nuestra conciencia, estos diversos estados de materia no se interfieren mutuamente en sus actividades, lo mismo que no lo hacen las incontables ondas de radio o de televisión que operan con diferentes longitudes de onda. Así pues, se nos presenta como muy clara y razonable la posibilidad de que estemos rodeados por muchos mundos, que serán para nosotros visibles o invisibles, según cuál sea la naturaleza del vehículo de conciencia que estemos empleando.

El proceso mismo por el cual el Inmanifestado entra en manifestación en estos siete ordenes o estados básicos de materia es algo que está mucho más allá de la capacidad de comprensión del intelecto humano en su estado actual de desarrollo. Pero también aquí, la observación de las leyes naturales, según actúan en las cosas

sencillas que nos rodean, puede ofrecernos sugerencias que nos ayuden a avanzar hacia esa meta que por ahora nos es inaccesible. En los tiempos actuales, todo el mundo sabe del famoso experimento efectuado por Isaac Newton en 1672 cuando, mediante el empleo de un prisma de cristal, descompuso la luz blanca en los siete colores que la forman ([FIG23A](#)). Cuando se hace pasar un rayo de luz blanca a través de un cristal de forma triangular –como se muestra en el dibujo- aparece, por el lado opuesto, dividido en una banda de colores: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y violeta. Somos capaces de percibir todo cuanto nos llega mediante el sentido de la vista, precisamente por el hecho de que los objetos absorben o reflejan de diversos modos, algunos de esos rayos de luz. Así es como se produce, para nosotros, el maravilloso mundo de color en que vivimos. Si no hubiese más que pura luz blanca, viviríamos en un mundo fantasma ;o no veríamos mundo ninguno! Porque, en todos los niveles, para que haya manifestación tiene que haber limitación. Y así, por analogía, cabe suponer que en los más elevados niveles rijan los mismo principios: la Inmanifestada Realidad Única, actuando mediante la Trinidad Divina, produce los siete estados básicos de materia, y por una combinación de ellos prodúcense, a su vez, todas las cosas inanimadas y animadas, todos los seres humanos y divinos ([FIG23B](#)).

Aquí puede servir de mucho otra ilustración. La materia existe en muchos y diversos estados; pero, básicamente, todos ellos proceden de un tipo de átomo ultrerrimo que luego forma diferentes combinaciones. Así también, la Vida se expresa de muchísimas maneras, pero, por muy variadas que sean sus expresiones, lo que en todas ellas se manifiesta no es sino la misma Vida Única. El lado izquierdo de la [Fig244](#) muestra los cinco estados de la materia que atañen especialmente a nuestra vida. Y aquí debemos ya decir –aunque este asunto se tratará extensamente en otro capítulo- que el hombre tiene cuerpos formados por todas estas diferentes sustancias, cuerpos que se interpenetran con su vehículo físico, y por medio de los cuales expresa las fuerzas correspondientes a esos diversos tipos de materia. Así, en el plano átomico halla expresión la fuerza de la Voluntad, y en el plano búdico la fuerza del Amor; existe la sustancia mental donde halla su medio de trasmisión el poder del pensamiento, así abstracto como concreto; las emociones se expresan en materia astral, y todas las fuerzas de la vitalidad se especializan y se usan por medio del cuerpo físico. Estos diferentes órdenes de materia están dispuestos de diferentes maneras, para que puedan vibrar a las frecuencias necesarias a cada fase de la Vida Única que hayan de expresar.

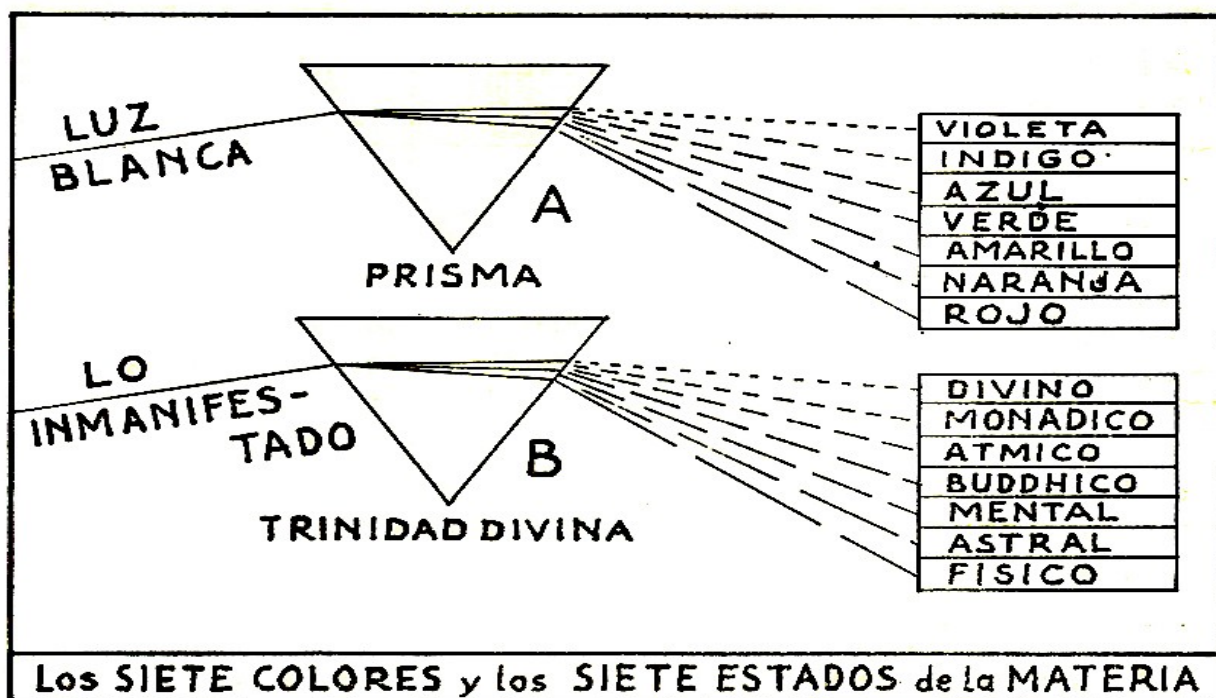


FIG. 23

Recurriremos, una vez más, a un ejemplo sencillo. La fuerza de la electricidad puede emplearse para producir muy distintos resultados. Si tomamos varios componentes materiales y los disponemos en la estructura interna y la forma externa que sean adecuadas, de modo que formen lo que llamamos “un motor eléctrico”, podemos conectarlo a la fuente de corriente eléctrica y producir poder eléctrico que, en este caso, servirá para simbolizar el mundo de la Voluntad, cuya nota dominante es el *poder*. Si tomamos material análogo, y lo disponemos de manera que se convierta en lo que llamamos “un electromagneto”, produciremos una intensa fuerza de *atracción*, que es la nota dominante del mundo búdico, el mundo del Amor. Si variamos la construcción, y fabricamos lo que se llama “un computador electrónico”, entonces la electricidad nos servirá para resolvernos problemas matemáticos, y esto puede muy bien simbolizar el mundo de *pensamiento abstracto*. Conectando la corriente a un torno fabricado para que la electricidad lo mueva, podremos utilizar aquélla para *crear objetos materiales*, nota dominante del mundo mental inferior, el mundo del pensamiento concreto. Un calentador eléctrico nos proporcionará *calor*, provocando en nosotros bienestar y gratas sensaciones y emociones, lo que corresponde al mundo astral; en tanto que un bombillo eléctrico nos dará *luz*, tan necesaria para la importante percepción sensorial que significa la vista. Y, así como la corriente eléctrica, al actuar a través de aparatos de fabricación diversa, puede producir resultados muy diferentes, así también la *Vida Única*, al expresarse a través de las diferentes estructuras materiales de los diversos estados de la materia, produce muy diferentes manifestaciones.

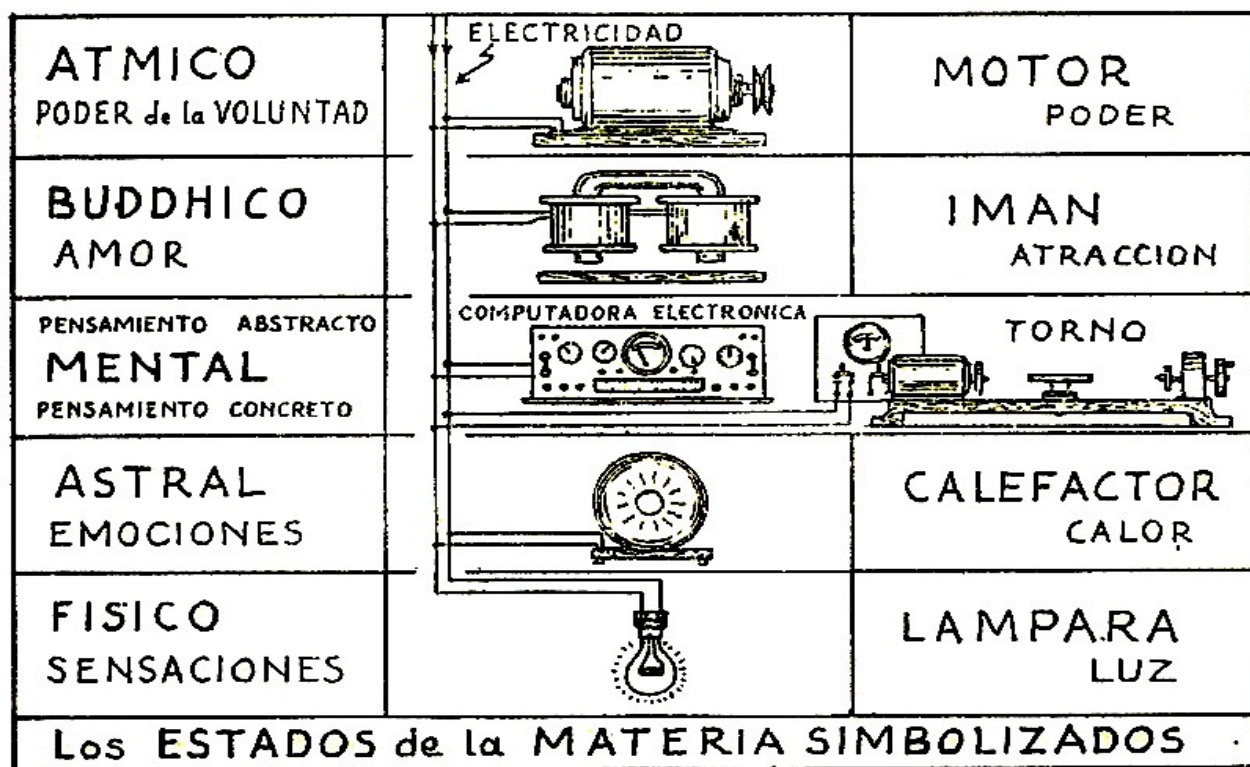


FIG. 24

Podemos pasar ahora a considerar la aplicación de estos principios a nuestra Tierra.

Todos tenemos cierto conocimiento, al menos en términos generales, de la apariencia física de la Tierra y del lugar que ocupa entre los otros planetas de nuestro Sistema Solar. Imaginemos ahora la Tierra a la luz del concepto de los otros estados de materia de que hemos venido tratando. En la [Fig25](#), el círculo oscuro que ocupa el centro representa el planeta físico en su parte sólida y líquida. Sabemos que en torno de él, extendiéndose algunos kilómetros más en el espacio, existen varias esferas formadas por sustancias rarificadas, de las cuales las más importantes son las envolturas gaseosas que llamamos "atmósfera", otra aún más rarificada, que es la "estratosfera", y una región especialmente condicionada, que recibe el nombre de "ionosfera". Según las enseñanzas teosóficas, aun más allá de estas partes físicas del planeta se extiende la región astral que, de hecho, llega casi hasta tocar la órbita de la Luna: es una esfera formada de materia astral cuyo centro ocupa la parte física de la Tierra, a la que interpenetra por completo. Más vasta aún es la esfera mental, que también tiene su centro en la parte física de la Tierra, y que interpenetra a ésta y a la región astral

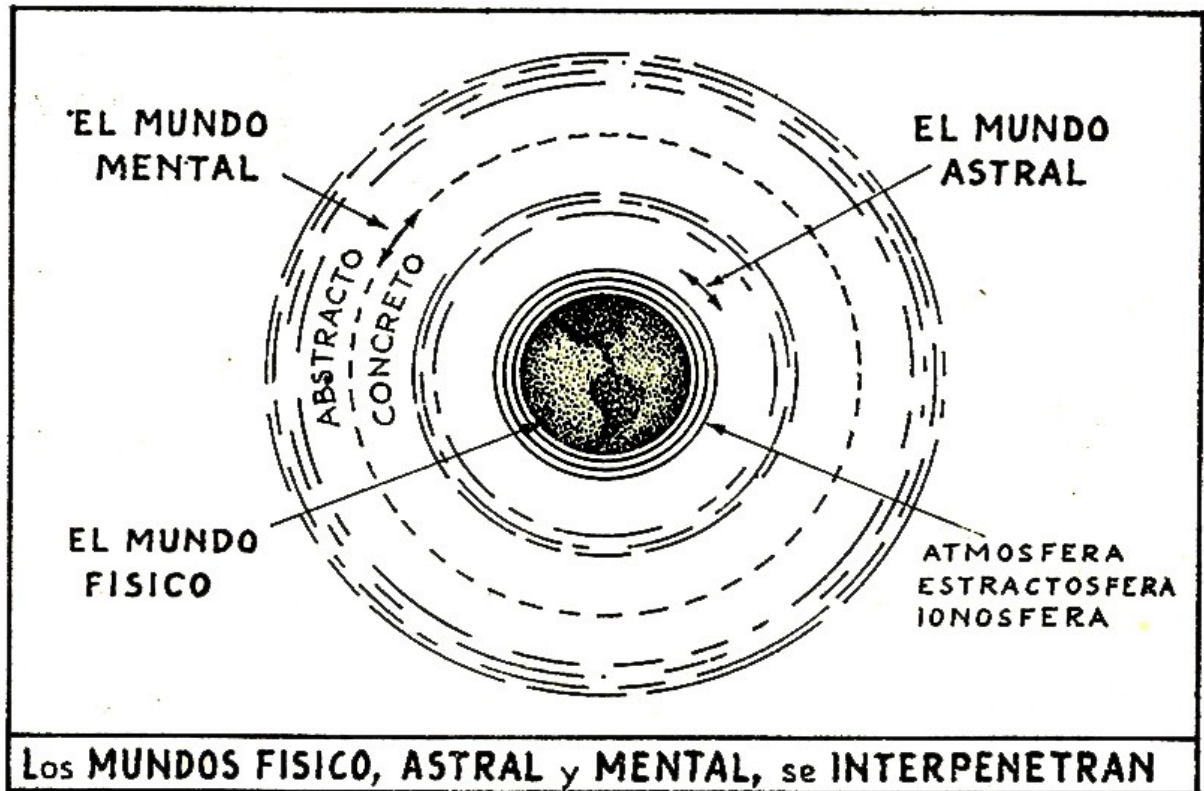


FIG. 25

Pero cuando pasamos a considerar las regiones aún más sutiles que se extienden más allá de las que hemos mencionados hasta ahora —es decir, el mundo búdico, el átmico, el monádico y el Divino— preséntase una situación nueva y sorprendente. *Porque en esas regiones no existen estructuras separadas para cada planeta, sino que el Sistema Solar aparece formando una sola masa completa e internamente organizada, desde su centro hasta su periferia, encontrándose ésta a una inmensa distancia más allá de la órbita de su más externo planeta físico.*

Daremos ahora una serie de pasos mentales que nos llevarán a formarnos un concepto cada vez más impresionante de nuestro Sistema Solar. Nos daremos cuenta de que no hay, en toda su vastísima extensión, ni un solo punto que pueda justamente llamarse “espacio vacío”, ni un solo lugar donde no palpite la vida, animada por un propósito y rebosante de vitalidad. Sí, la vida de Dios están en todas partes, lo satura todo; y en las regiones correspondientes a sustancias más y más sutiles, a cuyas elevadas vibraciones no pueden responder los órganos de los sentidos físicos, debido a las limitaciones que les son inherentes, allí la Vida Divina se muestra muchísimo más potente, muchísimo más gloriosa de cómo alcanzamos a vislumbrarla en este mundo que percibimos a nuestro alrededor.

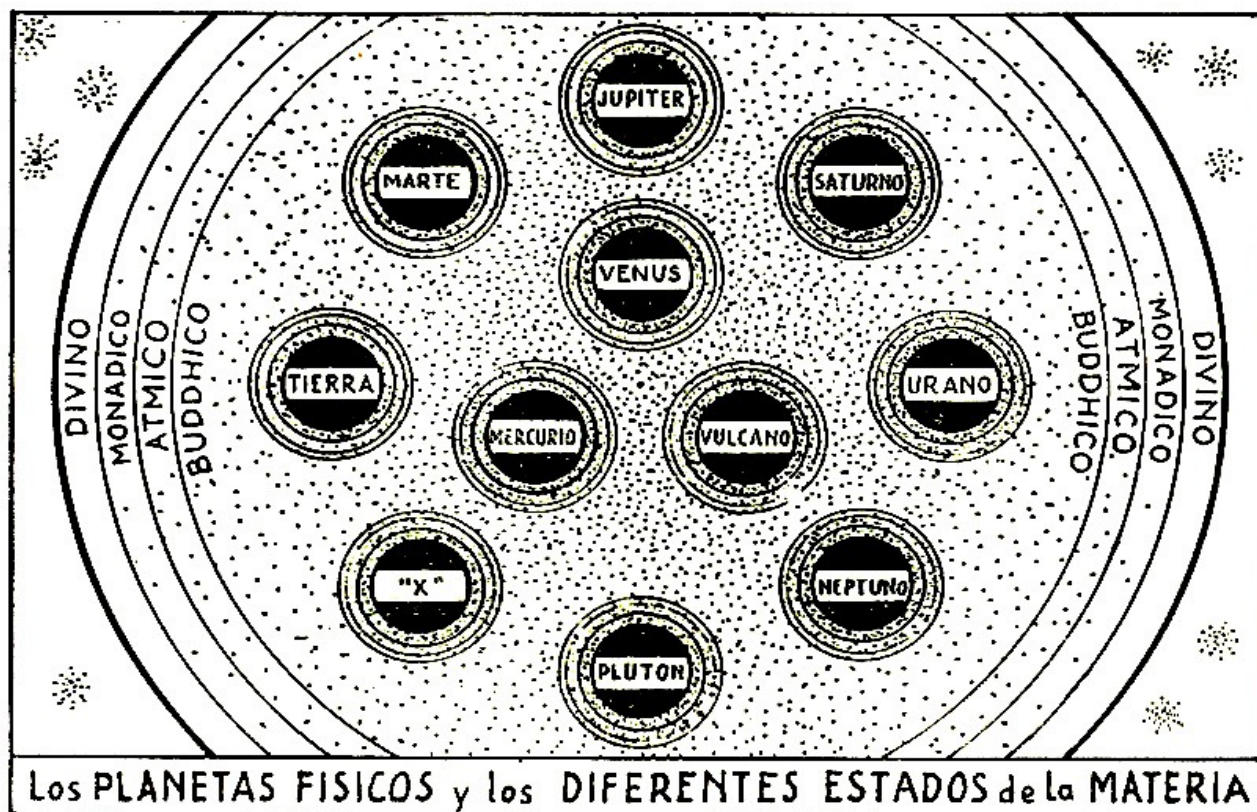


FIG. 26

En la [Fig26](#) vemos una representación de los planetas físicos del Sistema Solar, destacándose el nombre de cada uno de ellos sobre la porción negra que corresponde a la esfera de materia física. Además de los nueve planetas ya conocidos, aparecen otros dos: Vulcano, cuya órbita está dentro de la de Mercurio y que, por lo tanto, está más cerca del Sol que este cuerpo celeste; y otro aún innominado, el planeta "X", cuya órbita se encuentra más allá de la de Plutón, es decir, en el límite del Sistema Solar en cuanto a sustancia física se refiere. Según las investigaciones de carácter oculto, estos dos planetas existen positivamente, y se espera que un día los descubra la investigación astronómica. Todos los planetas, como ya dijimos, tienen cada uno su propia contraparte astral y mental, las cuales rodean a la correspondiente parte física y la interpenetran. Pero todos están inmersos en la masa total de materia más y más sutil que forma los estados superiores de la materia, y que se extiende más allá de la órbita del más lejano planeta, el planeta "X", ampliándose más y más, hasta que los extremos del mundo divino, o sea, el más elevado en orden de sutilezas, marcan el extremo límite, "el Anillo-No-Se-Pasa" del Sistema Solar. Dentro de esta masa vastísima de la materia más sutil, los planetas físicos, con sus respectivas atmósferas astrales y mentales, aparecen como centros en los que se vierte sin cesar la fuerza que emana del Sol. Debemos recordar, además, que estos planetas están en continuo

movimiento, girando sobre sus ejes y recorriendo sus órbitas alrededor del Sol, con lo que contribuyen a la intensísima actividad que satura el enorme conjunto.

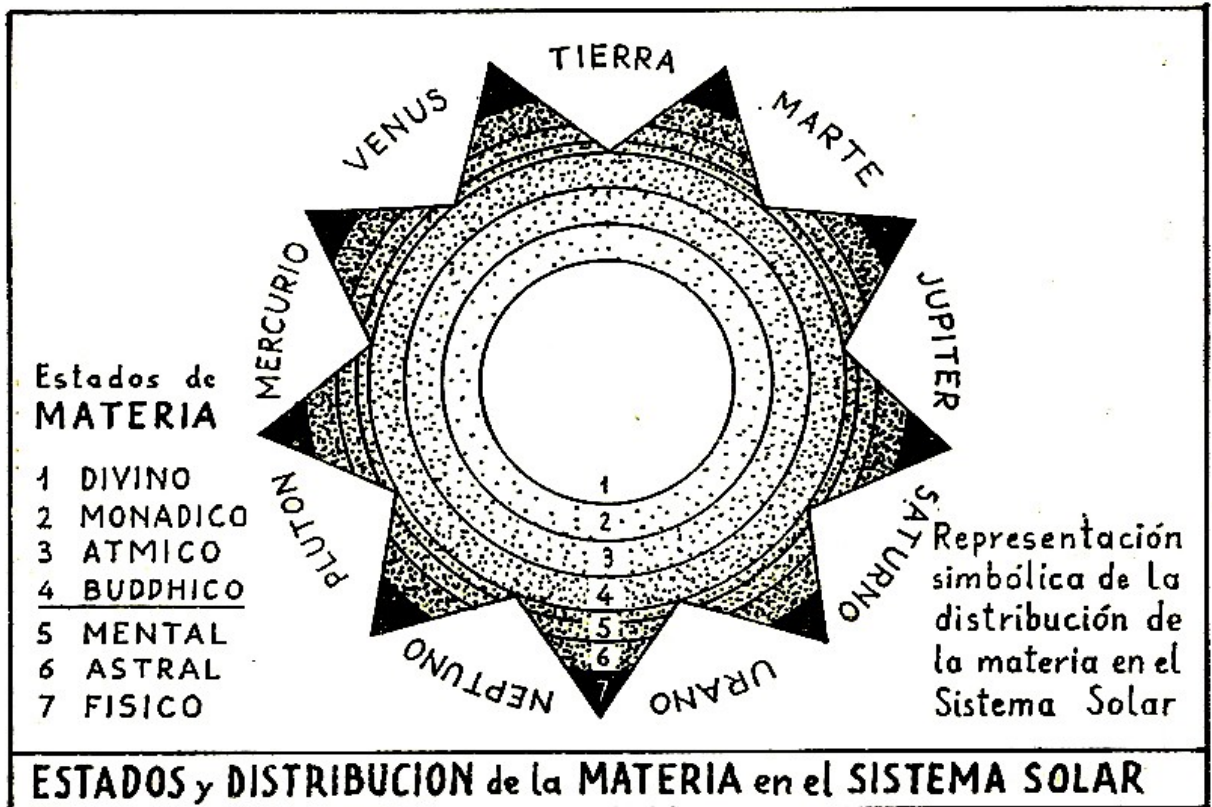


FIG. 27

La [Fig27](#) es puramente simbólica. Se ha representado al Sistema Solar en esta forma, no sólo para destacar una vez más el hecho de que, en cuanto a los estados superiores de materia se refiere, no existen globos separados, sino una suprema unidad que a todos los abarca, sino también para recalcar que el grado mayor de separación entre los globos o planetas ocurre en la parte física de éstos, representada por los triángulos negros que forman los extremos del diseño. Luego se observan las franjas correspondientes a las regiones mental y astral de cada planeta, más próximas unas a otras que las físicas, pero separadas todavía. Las cuatro regiones superiores, es decir los cuatro mundo más sutiles –que son el búdico, el átmico, el monádico y el divino- están representados por cuatro grandes círculos concéntricos, porque son comunes a todos el Sistema Solar. En este dibujo, además, como en los inmediatamente anteriores, la mayor o meno densidad de sombreado en las diferentes partes intenta representar, de manera gráfica, la relación que existe entre los diferentes tipos de materia que integran el Sistema, para poner así de manifiesto el hecho de que, aunque esos otros estados de materia más sutiles que el físico les parezcan cosa muy vaga e insustancial a los que se atienen al testimonio de sus sentidos, incapaces totalmente de percibirlos, o se aferran al modo corriente de pensar sobre estos puntos, la realidad es precisamente todo lo contrario. En esas regiones superiores, la vida se manifiesta

con muchísima mayor intensidad y poderío que en el mundo físico. Ya la ciencia ha podido comprobar que las fuerzas puestas en juego por las reacciones químicas y los efectos eléctricos producidos por los cambios electrónicos en la superficie del átomo son muchísimo menos poderosas que las que se ocultan en la casi incalculable pequeñez del núcleo atómico. Y, de igual modo, las fuerzas que se generan en la materia aún más sutil, perteneciente a los planos superiores, son muchísimo mayores que las que surgen en las regiones de materia física. Hay que advertir que en este diagrama, por razones prácticas, la materia de cada plano o región aparece como un todo homogéneo, diferenciándose sólo de la materia de las demás grandes regiones. Pero el lector ha de tener presente que la realidad es más compleja, y que dentro del tipo general de materia correspondiente a cada región del Sistema Solar existen siete subtipos o subplanos que, también por orden de densidad, van de lo que llamaríamos lo inferior a lo superior; y que, en la medida en que son más sutiles aumenta su extensión, hasta el punto de que los subplanos superiores, o “atómicos” de cada tipo son cósmicos en su extensión.

También hemos de advertir que en las [Fig26](#) y [Fig27](#) no aparece representado el Sol, porque sería imposible dar, en esos diagramas, ni siquiera una idea de la relación real que existe entre el Sol y el resto del Sistema Sola. La magnitud del Sol es tal –recordemos que solamente vemos y sabemos de su parte física, que ya sabemos es la menor de todas- que esa grandeza va más allá de toda descripción. Quizás podríamos dar una idea de ella diciendo que es el Corazón de la Deidad Solar, ya que de Él emanan las fuerzas que fluyen constantemente para animar a todos los mundos que forman Su Sistema.

Hasta aquí, solamente hemos considerado a los planetas que poseen cuerpo *físico*. Pero también existen planetas *no físicos*, es decir, que solamente se componen de materia y forma superfísicas, en diversos grados; estos mundos forman, y con mucho, la mayor parte de lo que podríamos llamar la población planetaria del Sistema Solar. Para tratar de esta parte del asunto que estamos estudiando, convendría mirarlo, como si dijéramos, “desde arriba”, es decir empezando por la Deidad Solar cuando ésta inicia sus actividades creadoras mediante la acción de lo que se llama Su “Tercer Aspecto”. En la [FIG23B](#) hemos visto una representación simbólica de la emanación de los siete órdenes básicos de materia mediante la acción de la Trinidad Divina, de una manera semejante a la dispersión de la luz blanca en los siete colores del espectro, al pasar a través de un prisma. Esta misma representación simbólica puede aplicarse a otra de las actividades magnas Inteligencias que han de ser Sus representantes en las subsiguientes actividades creadoras. A esos seres se les menciona en muchas de las escrituras sagradas de las religiones del mundo y otros escritos de ese género; los Hindúes los llaman los “Siete Prajapatas” (Señores de la Creación); para los zoroastrianos son los “Siete Amesha Spentas” (Siete Santos Inmortales); en Egipto se les llamaba “los Siete Dioses de los Misterios”, para los judíos, son los “Siete Sephiroth”, y para los cristianos “los Siete Espíritus ante el Trono de Dios” ([Fig28](#)). En las enseñanzas teosóficas se les designa generalmente como “los Siete Logoi de Cadenas Planetarias”, dado que frecuentemente se emplea la palabra “Logos” para indicar al Jefe Supremo del Sistema Solar, Su Creador y Gobernante. Sin embargo, en la presente obra se emplea extensamente la palabra “Dios” para designarlo, teniendo en cuenta la inspiración espiritual que para tantos millones de seres y a lo largo de tantos siglos este vocablo denota. No olvidamos que, desdichadamente, esta palabra ha sido asociada, en muchas mentes y con excesiva frecuencia, con ideas absolutamente incompatibles con los atributos de un Ser Divino: odio, celos, ira e

injusticia; pero es de esperar que, por lo menos entre los lectores de este libro, no hallen cabida tales incongruencias. Confiamos, más bien, en que encuentren en estas páginas pensamientos que contribuyan a hacer aún más amplios y profundos todos los hermosos conceptos que los humanos deben formarse acerca de Dios, siempre dentro de las limitaciones inevitables, ya que ninguno de nosotros puede ni siquiera acercarse a apreciar en realidad la gloria y la grandeza de la Deidad Solar.

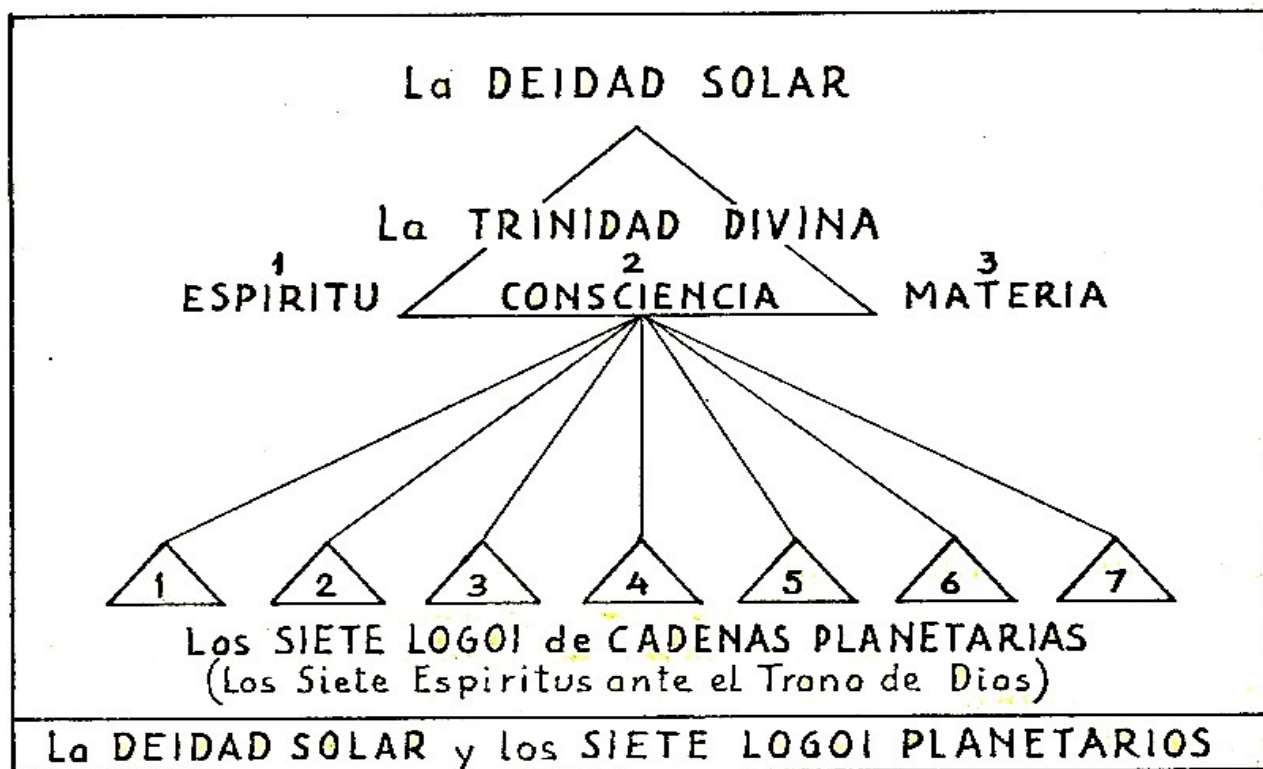


FIG. 28

Tenemos que darnos cuenta que un plan tan grandioso como el que se está llevando a cabo en nuestro Sistema –por muy vaga e incompletamente que lo hayamos captado– exige una enorme y complejísima organización. Por eso, a distintos y sucesivos niveles, existen huestes de inteligencias de diferentes órdenes, entregadas a la ejecución de alguna parte o aspecto del magno plan. Tenemos que saber también, que el aparente silencio de “los espacios vacíos” no pasa de ser una ilusión más. El espacio no está, en ningún sitio, ni silencioso ni vacío; nos parece así, únicamente porque las limitaciones que cercan a nuestros ojos y oídos hacen para nosotros invisibles e inaudibles las grandiosas maravillas que nos circundan. Pero que esas limitaciones no nos induzcan a error. Toda esa grandeza existe, está aquí, lo mismo que está en todas partes: colores nunca vistos, seductores, etéreos y radiantes; sonidos cual jamás hemos oído, capaces de arrobarnos hasta el éxtasis, y en los que vibran celestes melodías. Y, también por todas partes, huestes de trabajadores, empeñados en la Obra Divina. En Occidente, las sagradas escrituras cristianas citan nueve órdenes de ellos: ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones,

principados, virtudes, potestades, querubines y serafines. Los libros religiosos del Oriente nombran a los Adityas, Vasus, Dhyaní Buddhas, Dyan Chohans, y otros muchos más. Y estos no son seguramente, sino unos cuantos de los incontables que, en órdenes graduados, laboran en los mundos invisibles para cooperar a la realización del Plan Divino. Porque jamás entró un ejército en batalla sin que toda una hueste situada tras de la línea de operaciones no contribuyese, de modo imprescindible, al empeño, encargándose de mil tareas necesarias, desde la alta dirección de la campaña hasta la provisión de equipo militar y de provisiones. Lo mismo que jamás podría lograr éxito un gran establecimiento comercial si tras de su ejército de vendedores en contacto con el público no hubiese otro ejército que el público no ve: el de los empleados en las oficinas y de los obreros en fábricas y almacenes. De modo análogo, en el gran plan de evolución de un universo, de un sistema solar, tiene que haber trabajadores invisibles, vitalmente necesarios para el éxito. Esto *no* es fantástico, *no* es imaginario: es cosa de mero sentido común. Los antiguos que en un remoto pasado escribieron de estas cosas vivían más cerca de la Naturaleza de lo que nosotros vivimos y, por lo visto, les era así más fácil captar o adivinar lo que nosotros no percibimos, de modo que la voz interna que les hablaba, apenas se oye en nuestra época, porque los externos ruidos mundanales han cobrado tal volumen que apenas logra hacerse oír jamás aquella “voz leve y quieta” de que habla el Profeta.

Los siete Logoi de Cadenas Planetarias –que, como hemos visto, tantos seres humanos reconocen bajo tan diversos nombres –son los grandes representantes de Dios; son como siete canales que de Él emanan y que son Él mismo, a través de quienes Su vida y Sus fuerzas se vierten sobre todo Su Sistema. Son, asimismo, Sus agentes para la realización de Sus numerosas actividades, y cada uno de ellos aporta su contribución especial al cumplimiento del Plan Divino. No es fácil para nosotros hacernos una idea muy clara de las relaciones reales con la Deidad Suprema, porque todos los esfuerzos humanos que pretenden encerrar tan elevados conceptos en los marcos tan evidentemente insuficientes como los que componen nuestro lenguaje, casi necesariamente nos llevarían a creer que tan elevadísimos seres están separados de Aquél que es el Señor de todos. Y esto no es así. El mayor de los misterios es el hecho supremo de que “El Uno, los Tres y los Siete”, aunque aparentemente separados, forman una tan perfecta armonía, que todos son verdaderamente Uno, y los Siete no son, esencialmente, sino siete fases, diríamos, de la perfecta Deidad que todo lo abarca.

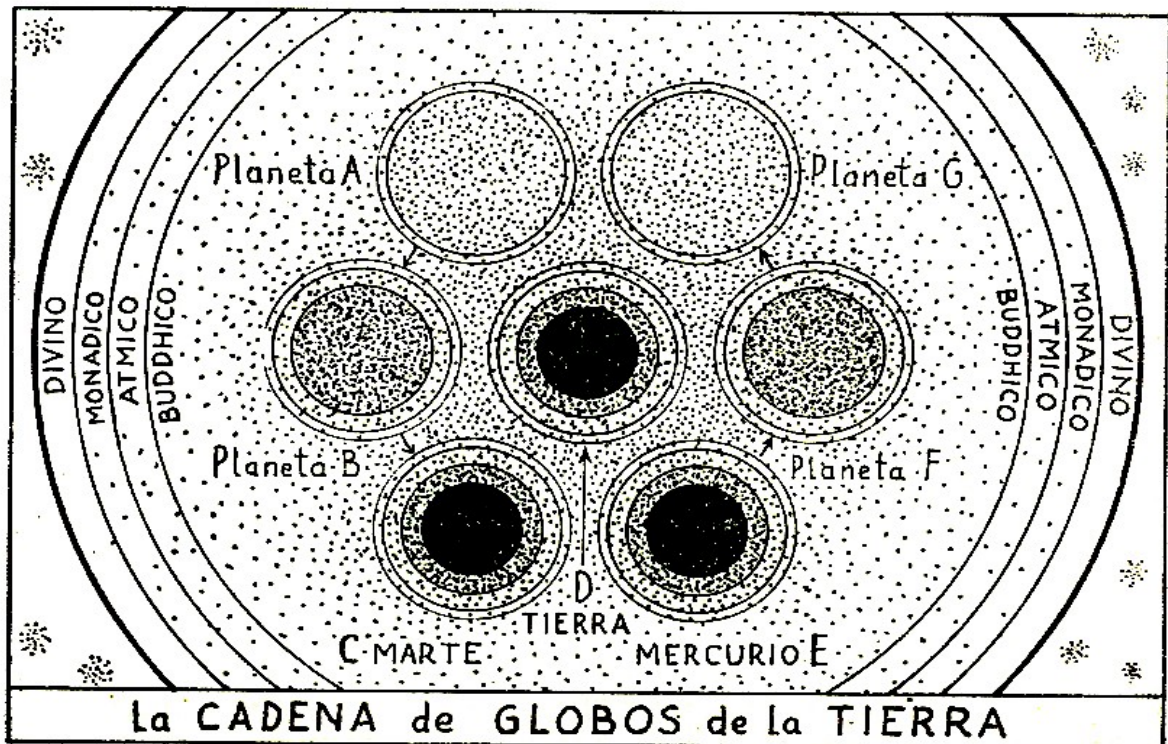


FIG. 29

Cada uno de estos siete Logoi es el Regente de una “cadena” de mundos. En la [Fig29](#) está representado el esquema a que corresponde nuestra Tierra; figuran en él siete planetas, pero sólo tres tienen globo físico, visible a nuestros ojos. El planeta A está formado por globos de los más elevados de materia –divino, monádico, átomico, búddhico y mental (abstracto y concreto), todos los cuales, según hemos dicho ya en otros casos, se interpenetran; pero no hay allí nada de materia de tipo más denso. El planeta B tiene todos los mismos globos que el planeta A, pero con la adición de un globo de materia astral. El planeta C es el que conocemos por Marte, el planeta D es nuestra Tierra, y el E, Mercurio; los tres poseen, además de globos de los demás tipos de materia, cada uno un globo de materia física. La estructura de los planetas F y G es análoga, respectivamente, a la de los planetas B y A. He aquí, pues, una cadena completa de siete planetas. Más adelante, diremos algo del tema fascinante de las oleadas de vida que circulan alrededor de esos globos; y cuando lleguemos a estudiar la Ley de Reencarnación, veremos que esta ley, lejos de limitarse al hombre, rige dondequiera que exista vida.

El siguiente paso, en este campo, es el que nos muestra la Fig. 30, que representa las siete cadenas planetarias del Sistema Solar, cada una a cargo de un Logos de Cadena Planetaria. Cada Logos tiene su propia “nota-clave”, y hasta podemos pensar que a cada uno de ellos corresponde un color del espectro solar ([FIG23A](#)) con sus variados matices; mezclan con toda libertad sus actividades dentro de las diversas cadenas, estableciendo aquellas diferencias que son tan necesarias para el progreso de la evolución. En la misma [Fig30](#) se observará que todas las cadenas de globos no tienen igual composición: las cadenas de la Tierra y de Neptuno tienen cada una tres globos físicos, y las restantes sólo tiene uno. También hay entre las cadenas otras diferencias de las que es innecesario tratar aquí. Hay quienes

afirman que en el Sistema Solar existen tres cadenas más, lo que daría un total de diez cadenas. Pero, dado que en este punto las opiniones se hallan divididas, que de ninguna de esas cadenas se dice, que posean un globo físico que sirva para identificarla y, sobre todo, porque de ser cierto el hecho, no afectaría a los principios generales que hemos enunciado, no se han incluido aquí esas cadenas. Nuestro propósito al desarrollar este tema, con todos los detalles que hemos especificado, no es otro que el intento de despertar en la mente del lector la noción de la grandiosidad de la imagen de nuestro Sistema Solar que la Teosofía nos presenta, tomando esa información de los registros de la Sabiduría Antigua, transmitidos a través de las edades desde un remoto pasado, comparándola con la estructura, necesariamente incompleta, que revelan las investigaciones limitadas a los objetos y procesos físicos; aun cuando esta información sea resultado de una labor investigativa tan extraordinaria, dentro de los límites a que se ha ceñido, que no puede menos de suscitar la más profunda admiración. Aquel círculo de media milla (684,38 metros), de tamaño que imaginariamente trazamos al comienzo de nuestra explicación, dentro del cual los únicos objetos materiales –y los únicos, por lo tanto, en que, según el concepto más extendido actualmente, puede manifestarse la vida– eran una bola de tamaño pequeño y otros nueve objetos mucho más reducidos todavía, cede el puesto, según el concepto teosófico, a la visión de una enorme esfera, cuyas proporciones no podemos ni siquiera imaginar, y que es una sola, inmensa masa de materia vibrante, donde también desde el centro hasta la circunferencia, palpita la vida, con intensidad inimaginable.

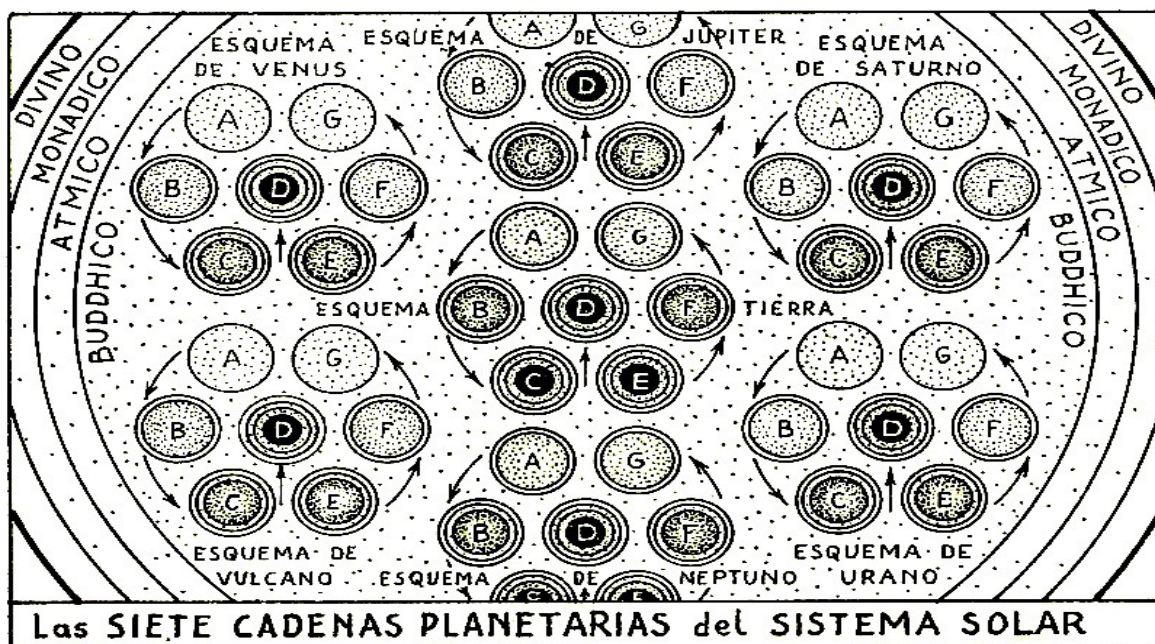


FIG. 30